



funeral con los gastos pagados

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

FUNERAL CON LOS GASTOS PAGADOS

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.268

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 37.933 - 1974
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1974

© Silver Kane - 1974
Texto

© Enrique Martín - 1974
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 - El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.258 - Un secuestro en las estrellas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 - Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 - Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014 - Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 - Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

723 - La libertad ante todo.

En Colección COLORADO:

637 - Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 - Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

644 - El congreso de los desaparecidos.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

251 - Los pistoleros de Tulsa.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 - Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15 - Un "Colt", una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

EL DELICADO OBSEQUIO DE LA MUERTE

Closkey rozó para tranquilizarse la culata de su impresionante «Magnum» cargado con balas blindadas capaces de atravesar a un hombre de lado a lado a mil yardas de distancia. Luego echó un vistazo a las pistas, se metió en la sala de espera y vio a los cinco hombres apostados allí, sumidos en la lectura de sus periódicos como si fueran pacíficos viajeros en tránsito.

Pero no lo eran.

Closkey los conocía bien. Los mejores tiradores de la Brigada Especial vigilaban tanto como él, y todos iban generosamente provistos de balas blindadas. Cada uno de los maletines que tenían a sus pies contenía desde una «Baretta» a una «Luger» de calibre máximo. Por supuesto que con aquellos maletines no podían pasar por el control de vuelo, pero tampoco pensaban hacerlo.

Ellos formaban la llamada «vigilancia interior».

Iban a quedarse en la sala.

Closkey sonrió satisfecho.

Le habían hecho un guiño acreditando que todo marchaba bien. Ni un solo sospechoso entre la gente que esperaba cambió de avión.

El detective de la Brigada Especial escupió su cigarro como si fuera un disparo contra la pared más próxima. Luego dijo un no sé qué acerca de las piernas de una azafata noruega que pasaba cerca; a continuación elogió las formidables ancas de una africana majestuosa que prestaba su servicio en la Air Zaire. Un poco más y mete mano a una alemana que se puso a tiro. Por fin Closkey, hombre espiritual donde los haya, aterrizó en el lado de las pistas donde estaban los servicios de prevención de incendios.

Echó un vistazo a sus hombres.

Todos estaban en sus puestos. Todos buena gente, todos fulanos de excelentes modales reclutados entre la basura más abyecta de las comisarías y de los gimnasios de North Capitol Avenue. Gente con la nariz triturada a causa de los golpes en los *rings*, antiguos luchadores con las piernas vueltas al revés, «judokas» recién salidos de la cárcel y maestros del «kung-fu»,

recién expulsados de la Marina, formaban la tropa «especial» de la Brigada Especial de Closkey, en la cual tenía este depositadas todas sus esperanzas en caso de lío grande. Si había que triturar a alguien en las pistas, lo harían aunque ese alguien llevara diez bombas de mano. Se las obligarían a tragar con mostaza.

Norbert, representante especial de la policía del Congreso, vino a ver a Closkey cuando éste se disponía a escupir el segundo cigarro de la mañana.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo perfecto. Las medidas de seguridad están garantizadas al máximo —contestó Closkey—. Su pajarito no corre ningún peligro, excepto el de romperse la crisma si se cae por las escaleras. Pero oiga... No veo a qué viene tanta camama para recibir simplemente a un representante chino.

—Ese representante chino viene a celebrar conversaciones especiales con el presidente Nixon —dijo Norbert—. Maldita sea, parece mentira que no lo comprenda.

Closkey. En su dura mollera de policía acostumbrado a perseguir perros rabiosos no entran según qué cosas. Ese hombre celebrará conversaciones a un nivel superior al de embajador, conversaciones que afectan entre otras cosas a nuestra nueva línea de amistad con Rusia. Normalmente no debería ocurrir nada, pero tenemos confusas noticias de que se prepara algo contra él.

Closkey rió.

—Je, je... ¿quién se lo ha dicho?

—Un confidente.

—¿Y dónde está ese confidente?

Norbert señaló con gesto desmayado un cajón que contenía un ataúd y que en ese momento estaba siendo cargado con una elevadora en la panza de un transporte medio.

—Ahí —dijo.

Closkey empezó a tomarse en serio el asunto. Sus ojos ya habitualmente pequeños y feroces se empequeñecieron aún más.

—Cuerno —dijo—, ¿se murió después de declarar, el Pobrecito? ¿Qué fue? ¿Un infarto?

—Sí, eso mismo. Un infarto causado por la impresión al caer desde treinta pisos de altura —dijo Norbert—. Salía de nuestra oficina cuando alguien lo descolgó por el hueco del ascensor. No sabemos quién. Si usted abriera el ataúd, vería que a ese pobre tipo le ha quedado la cabeza casi hundida entre las piernas, por no hablar de otras cosas.

—Lo cual indica que la confidencia debía ser verdad...

—Claro —dijo Norbert—. ¿Por qué cree, si no, que hemos movilizado a la mejor brigada de protección que tenemos, es decir la suya? Puede ocurrir cualquier cosa en el aeropuerto, desde un tirador apostado hasta un secuestro. No me fío. Por eso sus hombres tienen que estar alerta hasta que el personaje en cuestión entre en el coche oficial, en cuyo momento yo me hago cargo de él.

—Naturalmente —dijo Closkey despectivamente—. No se preocupe. Nadie va a molestar a su pájaro.

Y fue de nuevo a las inmediaciones de la pista, donde se iba a celebrar la recepción oficial. Todo iba a ser muy sencillo y rápido, si bien los personajes que aguardaban eran de categoría, desde el jefe de Prensa de la Casa Blanca, hasta el jefe de protocolo. Pero el más importante de los personajes que esperaban el avión era sin duda el propio Henry Kissinger, lo cual daba idea de la trascendencia de las conversaciones que el enviado especial de Mao iba a sostener en Washington.

—Ahí llega —dijo Closkey, hablando para sí mismo—. Pero, maldita sea, hubiera sido más seguro hacerlo aterrizar en la base militar de Bolling, al otro lado del Potomac.

En efecto, el aparato se disponía a tomar tierra en el National Airport de Washington, seguramente porque era más fácil de vigilar que el International. En este momento el aparato, un «Iluschin» que había llegado desde Pekín en tres escalas, sobrevolaba Arlington y se disponía a pasar sobre Alexandria para enfilarse la pista de aterrizaje, perdiendo altura sobre la zona de George Washington Memorial.

Todos los ojos estaban fijos en él.

Teóricamente no tenía que pasar nada.

Pero ha habido tantos muertos ya en aviones donde «no pasaba nada» que cualquier medida de vigilancia estaba justificada después de la confianza recibida. Sobre todo teniendo en cuenta que al recién venido podía tener interés en matarle desde un chino nacionalista de Chang Kaichek hasta un agente soviético pagado por el Kremlin.

Por fin el avión se posó en la pista sin ninguna novedad. Los hombres de la escalerilla, que eran agentes de seguridad camuflados, se pusieron a trabajar. Los dos primeros en descender fueron también agentes de seguridad chinos.

El cortejo de los norteamericanos avanzó.

El propio Henry Kissinger iba delante.

El delegado chino, un hombre grueso y jovial, avanzó hacia él. Le tendió la mano con una ancha sonrisa.

En ese momento decisivo todos los agentes, todos los gorilas de la Brigada Especial, todos los tiradores de primera apostados en el aeropuerto tenían los ojos clavados en las terrazas y en las pistas, atentos al menor movimiento que les pareciera sospechoso. Unos pasos dados de más, el brillo de un arma, un solo grito hubieran bastado quizá para originar una catástrofe. Por eso la tensión de todos era extrema y por eso hasta sus respiraciones se habían paralizado, en una especie de *shock* silencioso y lacerante.

Pero no pasaba nada.

Las manos de los hombres casi se unían.

El chino seguía sonriendo.

Y en una décima de segundo, en una fracción infinitesimal de tiempo todo cambió. De pronto ocurrió la cosa más imprevisible y en apariencia más absurda que todos los que estaban allí podían haber imaginado.

El chino explotó.

Sí. Fue él quien explotó.

¡Estalló por dentro!

Como si su cuerpo hubiera sido una bomba, se abrió en dos mitades y se convirtió en una masa roja. El uniforme negro casi desapareció... La cabeza salió despedida hacia atrás y pareció desprenderse del tronco.

Todo ocurrió tan rápidamente que incluso los que estaban junto

a la víctima, junto al hombre-bomba, no se dieron cuenta exacta de lo ocurrido hasta unos segundos después. Kissinger y sus acompañantes fueron despedidos al suelo a causa de la onda expansiva, pero no sufrieron daños. Mucha gente de la que estaba en las cercanías se lanzó a tierra y se agazapó cómo pudo. Los agentes chinos de seguridad que estaban en la escalerilla sacaron sus armas.

Closkey y sus hombres desenfundaron también. El «Magnum» giró rabiosamente, buscando una víctima.

Pero no hubo ni un disparo.

Todo el mundo se había dado cuenta de aquella cosa increíble y al mismo tiempo atroz. Era el propio enviado especial quién estalló. Nadie había llegado a tocarle. No se produjo ni un disparo contra él.

Hubo un movimiento colectivo de asombro, de incredulidad, de horror casi.

Pero la aventura no hizo más que empezar.

Ése era sólo el principio.

Y si no que se lo contaran al capitán Dillinger.

CAPÍTULO II

LA CAZA DEL HOMBRE

Por el hecho de poseer el apellido del quizá más famoso gangster de la historia americana, el capitán Dillinger, era el encargado de los servicios de acción de la Brigada Especial, de la cual Closkey era el jefe supremo. Al igual que Closkey, Dillinger escupía cigarros, decía cosas a las chicas y metía las manos donde hubiera unas buenas curvas femeninas aunque antes tuviera que pasarlas por una trituradora.

Cuando la noticia llegó hasta él, dio un terrible salto sobre su silla y la derribó por el suelo.

—¡Lo han visto! —gritó.

Los hombres de su grupo, como de costumbre, se rascaban el ombligo. Se jugaban la paga a las cartas. Hacían apuestas acerca de qué «deshabillé» quedaba mejor entre las ochenta fotos distintas que tenían sobre las mesas. Servían a su país con todo el celo de unos probos funcionarios, alternando todas estas actividades con la de atizarse tragos de *whisky* dentro del archivo o quedarse dormidos sobre las mesas.

Uno de ellos murmuró sin demasiado interés:

—¿Lo han visto? ¿A quién?

—¡A Kerrigan!

El nombre de Kerrigan hizo que todos se levantaran de sus asientos y parecieran acometidos por el mismo frenesí que el capitán Dillinger. Las manos fueron hacia las armas. Una voz alertó inmediatamente a los coches patrulla.

—¡El dos, el tres y el cinco! ¡Pronto...!

Dillinger ya estaba en la puerta.

Uno de sus hombres le preguntó:

—Muy bien, lo han visto. ¿Pero dónde?

—¡En el control de la autopista 66 que hay en Washington Boulevard! ¡Pronto!

Los coches patrulleros se llenaron inmediatamente de hombres ansiosos que esperaban realizar la mejor captura de aquel año: Kerrigan, dos asesinatos en una semana y un asalto a una caja de crédito de Takoma Park, con doscientos mil dólares de botín. Era la mejor pieza que podían echarse al gacinate los ansiosos policías de Washington en 1974.

Desde el Arlington Memorial *Bridge*, por dónde atravesaron el río Potomac, los patrulleros se dirigieron aullando al bucle que bordea el cementerio, uno de los más famosos del mundo, y lo marginaron para rodar por Arlington Boulevard y doblar por North 10 Street, hasta empalmar con la 66 casi a la altura de Gable Road. Con eso pensaban cortar el camino al coche fugitivo, que sin duda trataba de atravesar por Fairfax los límites del Distrito de Columbia.

Los coches rugían a noventa millas por hora. Los motores parecían a punto de estallar. Los neumáticos chirriaban salvajemente en cada curva.

Dillinger preparó su fusil lanzagranadas. Estaba dispuesto a hacer estallar el coche del fugitivo aunque hubiese alguien más dentro.

El conductor seguía pisando a fondo.

Los otros patrulleros lo hacían demasiado cerca. Un pinchazo, un frenazo intempestivo o una distracción podían originar un choque en cadena y tal vez una catástrofe.

Dillinger miró hacia atrás.

Uno de sus mejores tiradores preparaba la «Luger» de cañón largo. Claro que en carretera hubiese sido mejor un fusil, pero no había tenido tiempo de pensar en eso.

Murmuró:

—Oiga, capitán: ¿Quién ha dado el soplo?

—El que cobra el peaje en la cabina. Está seguro de haber reconocido a Kerrigan.

—¿Qué coche lleva?

—No es demasiado nuevo: un «Capri» azul. Por lo visto prefieren cacharros que no llamen demasiado la atención.

—Pues la ha llamado. Y nosotros tenemos vehículos más rápidos, capitán. Le alcanzaremos enseguida.

—Mientras no sea una noticia falsa...

Pero pronto se convencieron de que no lo era, o de que al menos parecía no serlo. Dillinger mismo gritó:

—¡Allí!

En efecto, un «Capri» azul volaba casi a la altura de East Falls Church, intentando dirigirse sin duda a la salida de Brylin Park. Si el loco que lo conducía a aquella velocidad era o no Kerrigan, pronto lo sabrían.

Las sirenas de los patrulleros aullaron. Los faros enviaron una serie de señales luminosas indicando que se detuviera.

Pero el «Capri», aumentó su velocidad, si eso era posible. Los patrulleros la aumentaron también.

Ganaban distancia.

Eran más modernos y más rápidos. Los conductores, antiguos pilotos de carreras, arrancaban a los motores su máxima potencia, aún a riesgo de hacer que los cilindros salieran por la culata. Los neumáticos chirriaban de tal modo que parecía como si fueran a saltar.

Pero se acercaban rápidamente al fugitivo. Hasta que un camión de gran tonelaje casi cortó el paso al «Capri», rodando en la misma dirección.

El vehículo azul hizo una increíble finta, rodando un instante sobre dos de sus ruedas solamente, se situó a pocas yardas por delante del camión y le cortó el paso. El camionero tuvo tiempo para dos cosas: para acordarse de la madre de aquel tío y para aplicar el pie al freno con todas sus fuerzas. La enorme mole se inmovilizó en el asfalto en un par de segundos, mientras el «Capri» aceleraba de nuevo y seguía su camino más rápido que antes.

Dillinger aulló:

—¡Malditoooooooo! ¡Frenaaaaaaa!

En efecto, la mole del camión detenido en la carretera era una auténtica pared contra la que iban a chocar. El conductor pegó un golpe al volante y el coche dio un espantoso bandazo.

Logró esquivar al camión.

Pero el que venía detrás ya no.

Materialmente se encontró con la caja. El chirrido de frenos fue

tan espantoso que pareció taladrar el aire.

Ese velocísimo frenado salvó la vida a los hombres que ocupaban el patrullero, pero no pudo evitar el terrible impacto que destruyó toda la parte delantera del coche. Éste se quedó materialmente empotrado bajo la parte posterior del camión, mientras los policías salían a gatas, sujetándose por fuera los huesos rotos y lanzando maldiciones que hubieran hecho palidecer a un sargento de marines.

Sólo dos vehículos continuaban ya la persecución, pero ésta se iba haciendo más y más apretada. Sólo unas cincuenta yardas separaban ya el coche de Kerrigan del coche de Dillinger.

El capitán gritó al conductor:

—¡Maldito, ponte a la derecha! ¡Voy a hacer fuego!

Había visto ya que no viajaba nadie más en el «Capri» y por lo tanto no causaría ninguna víctima inocente. Preparó su fusil lanzagranadas y disparó.

En ese momento estaban llegando a la altura del cruce con Washington Lee.

El «Capri» giró como una flecha hacia esa salida, patinando sobre dos de sus ruedas. La granada que iba destinada a él estalló en el centro del asfalto.

Dillinger aulló:

—¡Cuidado!

Se estaban metiendo ellos mismos en la nube de humo y de cascotes. Su coche pegó un terrible bandazo, se estrelló contra la valla, la saltó y quedó cruzado en dirección contraria.

Un enorme camión cisterna llegaba en aquel momento.

El conductor masculló:

—¡Tu madre...!

Nada más. Aplicó el freno y el camión dio un terrible bandazo, volcando de costado sobre la propia valla protectora. El líquido empezó a derramarse por el asfalto, sin que por fortuna llegase a entrar en ignición. El propio conductor estaba sin sentido entre un enorme charco de gasolina, pero no lo sabía. Si llega a saberlo, se muere de un infarto en tres tiempos.

Dillinger hizo una señal. Su chófer giró, patinó en la gasolina, se acordó de las primeras oraciones que había rezado en su infancia y pasó. Un momento después estaba de lleno en el carril correcto de

la autopista. Kerrigan había fallado al intentar eliminarles como había eliminado al otro.

Pero el que seguía más de cerca la pista era el coche número cinco, el que había rodado hasta entonces en último lugar. También el policía que iba junto al conductor disponía de un lanzagranadas.

Ahora habían salido de la autopista, pasando por Falls Church y rodaban hacia el sur, hacia Alexandria, por East Broad. A la derecha había una enorme gasolinera con una pila de barriles de aceite.

El «Capri» fue hacia allí como una flecha.

Hacia la enorme pila.

Los empleados de la gasolinera le vieron llegar. Se lanzaron en todas direcciones como si de pronto hubieran visto un «bazooka». El automóvil chocó de frente contra la pila y los barriles salieron despedidos en todas direcciones.

Todo el capó del «Capri», quedó abollado, así como su parachoques delantero, que saltó hecho materialmente pedazos. Pero el vehículo aún obedeció mientras patinaba rabiosamente hacia una valla. La valla también saltó. El «Capri» giró sobre sí mismo, aullando, y recobró la posición normal para lanzarse a toda velocidad hacia Baileys Crossroad.

Pero el número 5 ya venía lanzado. El conductor quedó amarillo, verde y azul al mismo tiempo, mientras veía los barriles saltando en todas direcciones.

Era inútil desviarse. Al esquivar un barril chocaría contra el otro. También era inútil frenar en aquella masa viscosa de aceite, pues se había producido un espectacular derrame de multigrado de la mejor calidad.

Los policías chirriaron de dientes mientras se encogían y ponían sus cuerpos en forma de huevo. Eso les salvó cuando el patrullero dio una vuelta de campana, patinó sobre su propio techo, con las ruedas al aire, y entró de lleno en la oficina de una agencia de seguros que trabajaba en la misma gasolinera, y cuyo lema era: «Entre aquí y no le pasará nunca nada».

El empleado de la agencia salió despedido por la pared de atrás.

A los policías tuvieron que sacarlos casi con tenazas, aunque ninguno de ellos sufría ninguna rotura importante.

Sólo quedaba ya un coche, el del capitán Dillinger, para continuar la persecución. Dillinger pidió por radio, entre aullidos,

que fuera bloqueada la Leeburg Parkway, que lleva a Alexandria, así como Arlington Boulevard y la autopista Shirley Memorial, únicos puntos por los que aún podía deslizarse el fugitivo.

Pero el conductor gruñó:

—Es inútil, jefe.

—¿Por qué?

—Está usted sentado encima de la radio. Sólo queda entero el micro. Se nos ha ido todo al diablo al chocar con la valla.

—¡Pues entonces acelera! ¡No podemos consentir que escape! ¡No podemos, maldito *seaaa*!

El «Capri» se deslizó como una bala por dónde menos esperaban. Por Walter Redd, a la izquierda del pequeño aeropuerto de Virginia. El coche de Dillinger dio un terrible bandazo al tomar la curva a excesiva velocidad.

Pero se rehízo. El conductor era de primera. Volvió al asfalto después de un espectacular vaivén que envió casi pedazos de neumático por los aires.

Kerrigan estaba llegando con su destrozado coche al cruce de Green Valley. Fue justo al llegar a Globe Road cuando hizo aquella maniobra absolutamente inesperada. Y absolutamente exacta, como si la hubiera medido con compás.

Cruzó el coche en la calle solitaria.

Se detuvo.

Salió por la portezuela izquierda.

Todo eso en dos segundos.

Saltó hacia la valla de protección que había a la izquierda.

Y fue entonces cuando Dillinger aulló:

—¡Giraaaaa...!

El patrullero patinó. Para no chocar con el «Capri», fue hacia la valla de protección que había a la derecha.

Pasó materialmente sobre ella, dio una vuelta de campana y volvió a caer sobre sus cuatro ruedas, pero la suspensión no pudo resistirlo. El coche quedó hundido y lanzando humo como un condenado.

Dillinger asomó por una de las ventanillas disparando rabiosamente. Sus hombres le imitaron. En unos segundos convirtieron el «Capri» en un colador, sin darse cuenta de que Kerrigan ya no estaba dentro, pues había salido por la parte

izquierda mientras ellos llegaban hacia el coche cruzado por el lado opuesto, es decir por la parte derecha.

Segundos después el «Capri» estalló. El depósito de combustible se había convertido en una pura llama. Hasta los neumáticos, a causa de la explosión, saltaron descuartizados por los aires.

El mismo humo cubrió a Kerrigan mientras éste caminaba tranquilamente en dirección a Aurora Hills, tras haber saltado con la mayor facilidad la valla. Tomó un taxi y se arrellanó cómodamente en el asiento, encendiendo un cigarrillo inglés, mientras musitaba:

—Lléveme a una tienda donde pueda comprar un coche nuevo. Hace un tiempo que todos los que tengo se me estropean. No duran nada...

CAPÍTULO III

UNAS CURVAS, UNOS LABIOS, UNOS OJOS

Norbert, el encargado de la vigilancia policiaca del Congreso, descendió de su «Lincoln», azul y saludó maquinalmente a los dos guardias de corps que le habían señalado el sitio donde aparcar, mientras vigilaban las cercanías con ojos de buitres. Procuró andar calmosamente, maquinalmente, sin que se trasluciera su emoción, pero lo cierto era que las rodillas le temblaban.

Incluso estaba a punto de tropezar contra obstáculos que no existían.

Llegaba directamente del National Airport y aún se creía estar oyendo la increíble explosión producida en el mismísimo interior de un cuerpo humano. Parecía como si Huang Ching, antes de estallar, se hubiese «comido» la bomba. Norbert, a pesar de toda su experiencia, no sabía qué pensar. Sentía mareos y náuseas.

El despacho en el que entró poco después tenía ese aire quieto, señorial y un poco pasado de moda que impera en toda la Casa Blanca. La moqueta color *whisky*, hacía destacar aún más el elegante color nogal de los muebles tipo Adams, que tenían unos ochenta años. Una bandera de los Estados Unidos ocupaba un ángulo. Un sistema completísimo de controles electrónicos llenaba una pared. En las otras había simples cuadros de paisajes del río Potomac y de viejos presidentes que vivieron en la Casa.

El hombre que ocupaba aquel despacho era alto, ligeramente delgado y tenía mirada de águila. Su propio modo de andar, un poco encorvado, le hacía parecer a veces un pajarraco que ya iba para la jubilación. Pero la expresión inteligente de su rostro y aquella llamarada que a veces partía de sus pupilas hubieran bastado para indicar a cualquiera que aquel hombre estaba en lo

mejor de su talento y de su fuerza.

Norbert susurró:

—Fair...

Fair le miró como si no acabase de creerlo. La expresión del hombre que cuidaba de los servicios de seguridad del Congreso. — Como él mismo cuidaba de los servicios de seguridad de la Casa Blanca—, le demostró sin lugar a dudas que algo muy grave acababa de ocurrir. Con un gesto maquinal le hizo sentarse.

—Supongo que ha llegado Huang Ching —dijo.

Norbert suspiró sin voz:

—Ha muerto.

—¿Pero... pero qué dices?

Sin aliento y casi sin fuerzas, Norbert empezó a explicar lo sucedido. Fair, aún no sabía nada a causa de los pocos minutos transcurridos desde el suceso. Pero estaba tan impresionado que hasta el cigarro que había tratado de ponerse entre los labios cayó de éstos a causa del asombro.

Al fin balbució:

—¿No hubo ningún atentado exterior? La bomba... ¿la llevaba él?

—Sí. Dio la sensación de que estallaba dentro de su cuerpo.

—¿Suicidio?

—¿Por qué? Es imposible. Y absurdo. No he visto cara más satisfecha que la de aquel hombre cuando avanzaba hacia Kissinger con la mano tendida.

Fair movió la cabeza pensativamente.

—Se me ocurren ahora tantas cosas y todas tan malas que no sé por dónde empezar —musitó—. Lo primero que pienso es que la situación internacional puede llegar a ser gravísima. Ese hombre, Huang Ching, era un enviado especial del presidente Mao. Pretendía hablar de un acuerdo que aseguraría una serie de zonas de influencia en Asia, y que quizá nos obligaría a revisar nuestra actual política con Rusia. Tú sabes bien que en la época de distensión a que por fortuna hemos llegado ahora, nuestras relaciones son excelentes en Moscú, dentro de lo que cabe, y menos excelentes con Pekín. Pero después de ese contacto que iba a tener lugar hoy, la política exterior podía dar un giro de ciento ochenta grados. Podíamos sentirnos más ligados hacia Pekín que hacia Moscú, si los

chinos tenían más cosas que ofrecer.

—¿Qué era lo que podían ofrecer?

—No lo sé. Yo no soy el presidente. Pero imagino que una cierta estabilidad en Asia, a cambio de que dejemos de apoyar a algunos gobiernos derechistas, como el de Indonesia. También podían ofrecer ser un freno para el Japón, cuya enorme expansión industrial se nos está comiendo los mercados. En fin, ¿qué puedo decirte? Huang Ching era de esos hombres que lo mismo podían ser asesinados por un agente del kremlin que por un chino nacionalista, un indonesio de Suharto o un pistolero japonés pagado por un *trust* de poderosos industriales. En un caso u otro nuestra situación internacional se haría tan desagradable que dudo que pudiéramos sostenerla con normalidad. Y eso es lo que ha ocurrido, Norbert. Las medidas excepcionales de protección no han servido de nada.

—Te aseguro que...

—No, no hace falta que me lo digas. Ya sé que la agresión no ha venido desde el exterior. Pero si Huang Ching no tenía la menor intención de suicidarse de esa manera absurda, cosa en que estoy de acuerdo contigo, ha tenido que matarlo uno de los que viajaban con él en el avión.

—Mi cargo me obliga a entender de explosivos tanto como tú —dijo calmadamente Fair—. Y aunque tuvisteis la sensación de que ese hombre estallaba por dentro, lo cierto fue que debió estallar algo que llevaba en uno de sus bolsillos. Por ejemplo como si le hubiera estallado la cartera, ¿entiendes? ¿Qué pasó con el uniforme?

—Materialmente desapareció.

—Eso refuerza lo que he pensado. Seguro que fue schneiderita o algo semejante. Una placa que abultase tanto como la cartera de Huang Ching. Peso aproximado: medio kilo. Medio kilo de plástico estallando en un sitio así, te convierte a un tío en pedazos.

Norbert hundió la cabeza.

Lamentaba que aquella explicación no se le hubiese ocurrido antes, porque quizá hubiera podido tomar ya algunas medidas esenciales en el propio aeropuerto.

Pero su pensamiento funcionaba ahora a toda velocidad. Se daba cuenta de la nueva perspectiva que se ofrecía ante sus ojos. Por ello, mientras colocaba ansiosamente las manos en el borde de la mesa,

murmuró:

—¿Quieres decir que alguien le dio el cambiaso a Huang Ching? ¿Qué le birló la cartera, y le puso en su lugar una carga de plástico de la misma medida, con un sistema que la hiciese estallar al cambiar simplemente la temperatura? ¿Es decir, al pasar del clima del avión al clima de la pista?

—Sí, eso pienso.

—¿Pero quién podía haber hecho eso?

—Un magnífico profesional, desde luego, sobre todo teniendo en cuenta que los uniformes chinos se abrochan hasta el cuello y uno no puede deslizar la mano por entre las solapas. El que hizo ese trabajo tuvo que desabrochar como mínimo un botón sin que Huang Ching se diese cuenta. Tenía que gozar además de toda su confianza. Ha de ser uno de los carteristas más expertos del mundo. ¿Pero quién...?

Y se puso en pie. Sus zapatos de alta calidad, traídos expresamente desde Londres, pisaron la moqueta en dirección a la pared donde estaban los controles electrónicos. Sus dedos acariciaron un elegante cenicero de plata labrada que había pertenecido al duque de Wellington, y que fue comprado en una subasta de Setebys. Luego oprimió un resorte redondo que había junto a una gran pantalla de televisión.

—Quiero saber qué personal viajaba en el avión de Huang Ching —pidió—. Informe.

Y movió otro resorte, esté cuadrado y de color rojo.

—A una de esas personas ya las conoce —dijo Norbert.

—¿Quién?

—Annabel Burman.

—¿Nuestra intérprete?

—Sí. La que fue a recoger a Huang Ching a Cantón.

—Pero esa mujer también estaba reclamada como testigo por un tribunal, ¿no?

—Exactamente. Por eso la enviamos a China continental. Porque sabíamos que era uno de los pocos sitios del mundo en que estaría segura.

—No te entiendo, Norbert.

—Te lo explicaré dentro de unos segundos. Espera.

Y señaló la pantalla del televisor. En efecto, ésta se había

iluminado, señal indudable de que desde control se disponían a dar los informes. Una serie de fotografías fueron apareciendo sucesivamente en la pantalla.

Eran los pilotos, el telegrafista, el mecánico y las cuatro azafatas. Todos chinos. Luego venían los guardias especiales que debían proteger a Huang Ching. Por supuesto, todos chinos también. A continuación seguía una corta exposición de secretarios de embajada y de técnicos en política exterior de Pekín. Por fin una sola mujer occidental, una sola mujer blanca.

Fair pidió:

—Repita.

La imagen volvió.

—Otra foto.

Ésta apareció de cuerpo entero. Y si la muchacha era preciosa de cara, su cuerpo resultaba tan tentador que los dos hombres hubieron de dominar a la vez un oscuro sentimiento. Luego Fair musitó:

—Basta.

Se volvió hacia Norbert.

Éste había palidecido.

—Es Annabel Burman —dijo—. Supongo que ahora la has reconocido.

—Sí. Pero no recordaba que fuese tan endiabladamente bonita.

—No sólo tiene la virtud de ser bonita, estudió en Harvard lenguas orientales, y es una de nuestras mejores especialistas en literatura china —dijo Norbert—. A ella la ha ayudado, naturalmente, el hecho de que pasara bastantes años de su infancia en Formosa y otros tantos, con un tío suyo, que era misionero, en el delta del Mekong. Tú sabes que en el delta del Mekong hay mucha gente que habla chino. Por eso utilizamos a Annabel varias veces para trabajos de intérprete en la ONU. Luego fue a hacer el mismo trabajo a Varsovia, durante los años en que nos reuníamos con la gente de Pekín en unas conversaciones que querían ser secretas y que conocía todo el mundo. Eso era antes de la normalización de relaciones, como tú recuerdas. Annabel era una muchacha que parecía tener una vida absolutamente normal, e incluso brillante, porque se ganaba muy bien la vida, hasta que ocurrió lo del asunto Paxton.

—El asunto Paxton... El hombre que estaba llenando de drogas todo el continente...

—Y el que mató a siete muchachas, según se dice en aquel salvaje incendio de la casa de Oceanside. Por ese crimen se le podía enviar a la silla eléctrica o a la cárcel para toda la vida, decapitando así su organización, pero sólo había un testigo. Ese testigo era Annabel Burman.

Fair asintió lentamente.

Sus ojos, dotados de una agudeza casi animal, brillaron como si ya lo hubiese adivinado todo.

—Supongo que Paxton haría lo posible por matarla —dijo.

—¿Lo dudas?

—¿Y qué sistema de protegerla se os ocurrió? ¿Meterla en la cárcel? ¿Hacerla rodear por una docena de tiradores especiales?

—No, eso no era bastante —dijo Norbert—. En realidad se encargó de su protección la Brigada Especial, que mandan Closkey y Dillinger, pero al cabo de un tiempo aseguraron que no podían responder. En sólo una semana desmontaron una bomba en el apartamento en donde vivía Annabel, intervinieron una botella de leche envenenada y arrojaron desde cuarenta pisos de altura, tras ametrallarlo debidamente, a un pistolero profesional que iba a liquidarla. Entonces se nos ocurrió una idea: Annabel Burman podía recoger en Cantón a ese chino y servirle de intérprete, además de los que él ya traía. Esa muchacha nos hacía un gran servicio, y además la poníamos a cubierto. Desafío a cualquier pistolero de los Estados Unidos a que trate de actuar en China. Acabaría quemado vivo, empalado o comido por una rata.

Fair asintió:

Ahora ya tenía una idea muy clara de la situación, una idea que al menos ofrecía una base de partida.

—Por lo tanto en ese avión sólo tenemos una persona de confianza, ¿no? —dijo.

—Exacto. Annabel Burman.

—Ella puede haber visto quién hacía el cambiao con la cartera de Huang Ching.

—Desde luego, es posible.

—¿Dónde está Annabel en este momento?

—En el interior del aparato. No hemos permitido salir a nadie.

Pero si la sacamos a un lugar de la máxima seguridad podrá decir lo que sepa.

—Entonces hay que actuar inmediatamente. ¿Cómo debe estar esa chica? —Supongo que muy asustada. Es realmente muy tímida, muy dulce, muy quieta...

CAPÍTULO IV

RUEDA, MACHO

El hombre recibió un terrible golpe en la parte delantera del cuello cuando aún no sabía lo que estaba ocurriendo. De pronto tuvo la sensación de que iba a sacar todo lo que tenía en el estómago; miró con ojos turbios frente a sí y vio a la preciosa mujer que se disponía a repetir el golpe.

Con voz velada pudo decir apenas:

—Zorra...

El segundo golpe fue más fuerte que el primero y por poco le rompe el cuello. Con la lengua fuera y los ojos desorbitados, cayó sin sentido junto a una de las butacas del «Iluschin», tapizadas en azul turquesa.

Un agente se volvió hacia Annabel Burman.

Todo había ocurrido en dos segundos.

Y casi sin ruido. Cuando el policía se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir, su compañero ya rodaba por tierra.

—Oiga... —barbotó.

Quiso desenfundar el arma, pero al instante se contuvo en su movimiento. Les habían prohibido absolutamente disparar a bordo del aparato.

Su gesto, sin embargo, llevó al paroxismo en sólo unos segundos la discusión que ya se había iniciado momentos antes, y que había servido a la muchacha para atreverse a actuar. Los delegados de Pekín, disconformes con el hecho de estar allí encerrados como si fueran unos prisioneros, se habían puesto a gritar a los guardias de seguridad norteamericanos. Por otra parte, estaban intentando sacarlos del avión, pues el aparato lo consideraban como territorio chino.

Cuando vieron que uno de los agentes iba a desenfundar el arma, dos de los encerrados se sintieron incapaces de tolerar más aquella situación. Se abalanzaron sobre el policía, quien los apartó brutalmente con dos codazos.

Y se dispuso a lanzarse de nuevo hacia la muchacha.

Ella no podría quejarse si la detenían porque era la única norteamericana. Pero el policía se llevó una buena sorpresa cuando iba a sujetarla:

Tenía cara de buena chica.

Pero quizá no lo era.

El golpe que el policía recibió en el pómulo, propinado con el canto de la mano, le hizo vacilar. Sus brazos se cerraron en torno al vacío mientras Annabel Burman daba un salto hacia atrás.

Y luego se levantó la falda.

Menudas piernas, menudas líneas, menudas...

... Menudo taconazo.

Si Annabel se había levantado la falda no fue para que el otro admirase sus curvas, sino para poder alzar mejor su pierna derecha. Y la alzó tan perfectamente como un *catcher*. Su tacón, que estaba reforzado con aluminio, se clavó brutalmente en el mentón del policía que venía hacia ella.

El agente cayó hacia atrás. Había sido una auténtica y fulminante coz. Sintió que todo se nublaba en torno suyo y supo por primera vez lo que debe notar un boxeador caído cuando el árbitro inicia la cuenta.

La muchacha no perdió ni un segundo.

Pasando por encima del policía caído, fue hacia las escalerillas del avión. Los agentes que montaban guardia allí no pudieron detenerla porque bastante ocupados estaban luchando a brazo partido con los chinos que querían quedar libres. Eso permitió a Annabel correr hacia la pista.

El sitio en que había sido estacionado el «Iluschin» era especial y reservado, de modo que se hallaba bastante lejos del terminal de las líneas comerciales. A poca distancia, en cambio, se encontraba el estacionamiento de aerotaxis y aviones privados que empleaban los policías de Washington y los altos ejecutivos de las empresas para trasladarse a otras capitales del país.

Los ojos de la muchacha se clavaron en una «Cessna» de dos

plazas. Vio que el piloto se disponía a subir a la carlinga.

El piloto oyó el rápido taconeo.

Se volvió.

La chica tenía la falda subida para correr mejor.

El piloto pensó:

Menuda...

Taconazo al bajo vientre.

... ni...

Golpe de antebrazo al cuello.

... ña...

En el momento de perder el sentido, el piloto dijo algo más.
Dijo:

—Tu madre...

Y quedó inmóvil, de bruces, a dos pasos de las ruedas de la avioneta, cuya hélice ya giraba. La chica se dispuso a subir.

Para ser una dulce y tímida, como creía Fair, atizaba bastante bien.

Pero si Annabel Burman creía que los principales problemas ya estaban superados, se equivocaba de medio a medio. Porque, desde una de las terrazas, Closkey había visto la maniobra.

—¡Alguien trata de huir del avión chino! —aulló—. ¡Fuego!

No se andaba con chiquitas.

Él siempre defendía la teoría de que a los muertos no hay que interrogarles y por lo tanto no dan la lata.

Como ninguno de sus hombres igualaba su puntería, fue él mismo quien apuntó con el «Magnum». Fue a apretar el gatillo.

Y en aquel momento oyó el petardeo a su espalda. Le parecía increíble.

Alguien gritó:

—¡Cuidado!

La moto, una gran «Norton» de 750, estaba materialmente encima. Le golpeó con la rueda delantera. Closkey saltó hacia la barandilla y estuvo a punto de caer a la pista mientras rugía:

—¡Hijo de perra!

Pero el insulto se convirtió en un grito de asombro, cuando vio al tipo que le había derribado. Con una voz que quedó ahogada por el estrépito de la moto, dijo:

—Kerrigan...

En efecto, era Kerrigan el que manejaba la moto. ¡El que había llegado con ella hasta una de las mismísimas terrazas del aeropuerto!

Pero si el asombro de Closkey era absoluto, no lo fue menos el que sacudió a sus hombres. Éstos quedaron unos segundos paralizados, pero enseguida se movieron al unísono mientras cerraban sus bocas en un gesto de rabia. El chasquido fue tan brutal como si todos tuvieran la misma dentadura. Movieron sus armas.

Kerrigan, sin embargo, no se había estado quieto. Dando gas a la poderosa «Norton», arremetió contra otro de los policías, que rodó hacia abajo por las escaleras que llevaban al bar del piso inferior. Luego siguió por las mismas escaleras, mientras su máquina daba un tremendo salto, igual que si estuviera hecha para *motocross*. Se encontró en el bar.

Los de arriba dispararon.

Las balas blindadas rebotaron en los peldaños como un enjambre de abejas furiosas.

El bar era largo como la cubierta de un buque. Ante la barra se alineaban unas quince personas sentadas en las banquetas.

La «Norton» vino hacia ellas. Todos los que estaban en las banquetas vieron aquella especie de bólido que se les abalanzaba en línea recta. Quien más quien menos se acordó del proyecto «Apolo». Quien más quien menos se acordó de la familia del motorista, en especial de su santa madre y de su desconocido padre.

Pero todos hicieron lo mismo. Todos se lanzaron hacia atrás, derribando las banquetas, mientras la moto pasaba por encima sin causar más lesión que la rotura de una pierna.

Pero aquella maniobra de Kerrigan impidió que le mataran. Porque los policías de Closkey ya habían bajado las escaleras y ya estaban allí. Dos de ellos encararon sus fusiles de tiro rápido.

Un sargento gritó:

—¡Quietos! ¡Mataríais a esa gente!

En efecto, los caídos ya se estaban levantando y tapaban casi enteramente a Kerrigan y su máquina de los mil demonios. Closkey aulló:

—¡Es igual! ¡No importa que muera alguien! ¡El Estado ya pagará la esquila!

—Siempre es un consuelo. —Gruñó el sargento mientras

apretaba el gatillo.

Disparó por encima de las cabezas, porque no estaba dispuesto a cumplir a rajatabla la salvaje orden de Closkey. La gente se arrojó al suelo de nuevo, pero las balas salieron altas, por encima de la moto de, Kerrigan, mientras éste desaparecía.

Dio la sensación de que se lo había tragado la tierra.

Pero no era así. Todos sabían que no era así. Acababa de descender por otras escaleras que llevaban al piso inferior. Entre otros servicios, allí estaban algunos de los grandes lavabos del aeropuerto.

Closkey masculló:

—¡Hay policía abajo! ¡Ha caído en la trampa!

En efecto, había hombres de la Brigada Especial abajo, procediendo al registro de algunos sospechosos. Eran tres, bien preparados y armados sólidamente. Los tres abrieron unos ojos como platos al ver aparecer la «Norton».

No se hubieran sorprendido más si llegan a ver aparecer un submarino en los urinarios. Pero nada podía extrañarles tratándose de Kerrigan.

Le reconocieron.

Uno de ellos, que estaba cacheando a un negro, barbotó a sus compañeros:

—¡Tirad!

Dos «Luger» se alzaron al mismo tiempo.

Pero el negro no se estuvo quieto. Tenía una oportunidad para huir y la aprovechó. Dio una terrible coz en la entrepierna al policía, quien saltó hacia atrás derribando a sus compañeros. Las balas salieron altas.

Ni el negro se dio cuenta de que quizá acababa de salvar la piel al loco de la «Norton» ni los policías de la brigada de Closkey se dieron cuenta de lo que pasaba. Rodaron por el suelo mientras las ruedas brincaban sobre sus cuerpos y se lanzaban a gran velocidad hacia el interior de los urinarios, que justamente no tenían salida.

El desbarajuste que se organizó allí fue enorme.

Había bastante gente.

Tanto los que estaban en situación comprometida como los que no, saltaron en todas direcciones. Kerrigan oyó decir más cosas acerca de la virtud de su madre que las que había oído en toda su

vida, y eso que estaba bastante acostumbrado. Algunos tuvieron que lanzarse de cabeza contra las puertas de los cubículos estrictamente reservados que había a mano derecha.

Se oyeron gritos.

Ruidos del agua de los depósitos al caer en tromba.

Y maldiciones de todas clases.

—¡Ni aquí le dejan a uno tranquilo!

—¿Pero qué viene a buscar este tío?

—¡Ay, joven, entre, entre!

—¡Policía! ¡Policía...!

Bastante trabajo tenía la policía con saber dónde había puesto los pies y dónde demonios estaba aquel maldito tío de la «Norton». Los tres agentes se lanzaron en tromba hacia la puerta de aquel sitio tan delicado mientras la gente salía en tromba también, porque no querían líos. Algunos de los que salían no estaban vestidos, por supuesto, para presentarse en una exposición. Las maldiciones que se oyeron en todos los idiomas fueron intraducibles.

Pero los policías fueron arrollados. Materialmente no veían nada. Hasta que el estruendo del poderoso motor pareció derrumbar las paredes y alguien gritó:

—¡Ya vuelve! ¡Ya vuelve...!

Kerrigan volvió a salir por dónde había entrado. No tenía otro remedio si quería escapar de allí. Con las piernas abiertas en forma de tijera, fue derribando. —Segando materialmente—, a todos los que le cortaban el paso. Pocas veces había visto tanta gente caída delante suyo, y toda dando espectaculares revolcones, pero sin sufrir ninguna lesión importante.

Los policías dispararon.

Pero apenas podían verle.

En la confusión reinante, todos los que estaban en el aeropuerto se arrojaron al suelo o se pegaron a las paredes. Daba la sensación de que allí actuaba un comando terrorista, en lugar de un solo hombre montado en una moto y que aún no había disparado ni un solo tiro.

El caso fue que los pasillos quedaron vacíos. La «Norton» salió proyectada hacia la pista por una de las enormes puertas cristaleras, la cual se abrió automáticamente cuando las células fotoeléctricas delataron su presencia.

Closkey, desde arriba, seguía aullando:

—¡Tirad! ¡Tirad, malditos! ¡Reventadle...!

Pero nadie sabía exactamente a quién había que disparar, porque resultaba muy difícil ver a Kerrigan. Hasta que, de pronto, todos le distinguieron rodando a gran velocidad por la pista hacia la avioneta «Cessna» que se disponía a emprender el vuelo.

Closkey lanzó otro rugido de rabia. Si aquel tío se le escapaba, él era capaz de pegarse un tiro. De modo que, como lo que le sobraba era valor, se lanzó desde la terraza a la pista con el «Magnum» en la mano.

Cayó materialmente encima de un pobre individuo que estaba vaciando la vejiga junto a una pared. Closkey aulló:

—¡Guarro!

Y el pobre tío gimió:

—Bueno, pues entonces... ¿dónde?

CAPÍTULO V

LOS ÁNGELES SE CAZAN AL VUELO

Aquella muchacha, al parecer tan dulce y tan resignada, llamada Annabel Burman, vio al desconocido de la moto cuando ya estaba rodando a gran velocidad por la pista de despegue. Sabía que su maniobra era muy arriesgada, porque podía aterrizar cualquier aparato de gran tonelaje y cruzársele, reduciéndola a polvo, pero no tenía otra opción. Y empezaba a creer que las cosas saldrían bien, porque veía la pista despejada, cuando brotó de pronto aquella especie de escorpión que fintaba delante de su hélice.

En el primer momento no pudo creerlo.

Sus ojos se desorbitaron.

Tuvo la sensación de que lo que quería el tipo de la «Norton» era matarse, convirtiendo en pedazos su cabeza contra la hélice. Y no le importó en absoluto «ayudarle» un poco.

La verdad era que se sentía asustada.

Por eso lanzó materialmente el avión hacia él.

Un poco más y le tritura materialmente la cabeza con las aspas.

Pero el loco que llevaba la «Norton» debía ser algo más que un experto, porque esquivó con un suave movimiento de caderas y salió del radio de acción de la hélice sin haber perdido ni siquiera la compostura. La «Cessna» dio un bandazo y la muchacha estuvo a punto de perder el control.

A ello ayudó el hecho de que la máquina siguiera zigzagueando delante suyo, impidiéndole ganar velocidad y por lo tanto efectuar el despegue. Annabel lanzó un gemido de rabia y de impotencia mientras, de todos modos, daba gas.

La avioneta saltó materialmente sobre la moto. Pero de todos modos ésta seguía impidiéndole el despegue. ¡Y la pista se estaba

acabando!

Annabel cambió entonces de táctica, ya que no necesitaba toda la anchura de la pista para despegar. Se hizo a un lado. Aquel cambio de táctica coincidió con el mismo pensamiento por parte del hombre de la «Norton», ya que se situó al costado izquierdo de la «Cessna», sin perder distancias. Hizo una señal indicando que iba a saltar al interior.

Annabel negó con la cabeza.

Pero Kerrigan no hizo maldito caso. Materialmente se puso en pie sobre el sillín de la moto, que siguió a la velocidad de la avioneta sin desviarse ni una pulgada.

Kerrigan saltó.

La «Cessna» no tenía ningún asidero donde sujetarse, de modo que su situación era más que angustiosa. Era mortal. Pero lo que hubiera resultado un suicidio para otro hombre, no resultó para Kerrigan más que una maniobra difícil.

Bruscamente abrió la portezuela de la avioneta, mientras mantenía el cuerpo pegado al fuselaje y con los dos pies en el ala. Annabel no había tenido tiempo de asegurarla por dentro a causa de la rapidez de la maniobra con la que tuvo que apoderarse del aparato y emprender el vuelo.

De pronto se encontró con aquel hombre dentro. Se colaba con la rapidez y la facilidad de una serpiente, Annabel fue a darle un golpe de karate, manteniendo el timón con una sola mano, pero lo único que consiguió fue fracturarse casi los dedos contra la base de la puerta.

Kerrigan se situó a su lado.

—Poco a poco, hermana. —Gruñó—. Presta atención al timón o nos matamos los dos.

En efecto, la pista se terminaba y la avioneta no había ganado ni siquiera la velocidad necesaria para el despegue. Annabel se dio cuenta de lo que aquello podía significar y puso sus cinco sentidos en los mandos, aunque sus dientes chirriaban. Mientras tanto el intruso aseguró por dentro la puerta por la que acababa de entrar, garantizando así el hermetismo del aparato.

La muchacha entrecerró los ojos mientras se le secaba la boca.

Tenía que hacerlo ahora o no lo haría nunca.

Tiró de los timones hacia atrás cuando las ruedas ya estaban al

borde de la pista e iban a entrar en terreno sinuoso que seguramente les haría capotar.

La moto ya se había estrellado.

La avioneta pareció vacilar unas décimas de segundo, alzó el morro y se elevó poco a poco, mientras en el National Airport se oían todas las maldiciones, sonaban todos los timbres y funcionaban todos los sistemas de alarma.

De pronto se encontraron volando en dirección al Este, sobre el río Potomac, al otro lado del cual se veía la zona acotada del Laboratorio de Investigaciones Navales. La autopista 295 se extendía como una serpiente hasta enlazar con la sinuosa ribera Anacostia.

La muchacha ganó altura.

Ante sus ojos, un poco más allá, se distinguía los límites del distrito federal de Columbia, empezando en una línea recta el Estado de Maryland. Otra sinuosa línea asfaltada indicaba la presencia de la autopista 495, que enlazaba con la carretera que lleva a la base de la Fuerza Aérea de Andrews.

Annabel musitó:

—Supongo que habrán avisado por radio. De Andrews saldrán a interceptarnos y nos iremos al infierno.

—Cierto —dijo Kerrigan con la mayor tranquilidad—. Esta avioneta es apenas un moscardón tratando de enfrentarse a un águila.

Y señaló ligeramente hacia el norte.

—Allí está la Sutland Parkway —dijo, señalando una de las autopistas que se dirigen desde Maryland hasta Washington.

—¿Y qué?

—Vas a aterrizar en ella.

La muchacha le miró como si viese a un loco.

—¿Pero te das cuenta de que...? —empezó a decir.

—Me doy cuenta de todo —le cortó tranquilamente Kerrigan—. Entre otras cosas sé que dentro de tres minutos justos tendremos encima un caza de interceptación que nos obligará a aterrizar en Andrews o quizá más cerca aún, en la base aérea de Bolling. En cambio, durante esos tres minutos no sabrán exactamente dónde estamos, porque nuestra escasa altitud no permite que funcione bien el radar. En consecuencia, aprovecha.

Ella bisbiseó:

—Estás loco...

—Veo que manejas muy bien este tipo de aviones. Tu despegue ha sido maestro. Por lo tanto no tendrás ninguna dificultad en posarte en una autopista que es un auténtico campo de aterrizaje.

—Ni siquiera sé quién eres...

—Me llamo Kerrigan.

Ella echó un breve vistazo hacia su derecha sin descuidar los mandos. Vio unos ojos quietos y duros, unas facciones enérgicas, unos cabellos rubios, unos músculos de atleta, un elegante y bien cortado traje de un apacible color paja.

Algo que vio en aquellos ojos le hizo comprender que no tenía más remedio que obedecer. Pero también hubo algo que le trajeron sus recuerdos.

—Kerrigan... —dijo—. Yo he oído ese nombre.

—Es lógico que sí. Y si quieres que te haga mi presentación, puedo hacerla: soy un fuera de la ley. Robos, asaltos, crímenes... Eficacia garantizada siempre que saque dinero. Soy un profesional.

—¿Y qué pretendes ahora?

Él rió silenciosamente.

La «Cessna» estaba remontando Brandywine Road (uno de los nombrecitos más alcohólicos que hay en el distrito federal) y se iba a situar sobre la Sutland en dirección a Columbia, o sea como si regresara a Washington. No cabía duda de que la chica dominaba sus nervios y pilotaba a la perfección.

—Lo que pretendo —dijo Kerrigan— resulta muy sencillo. —Tú eres un auténtico saco de oro.

—¿Pero... qué dices?

—Eres una funcionaria del Gobierno.

—No exactamente. Hasta ahora he trabajado en la ONU.

—Pero en este caso servías al Departamento de Estado sirviendo de intérprete en el avión de Huang Ching. Es costumbre que en viajes de esa clase haya al menos un intérprete por cada bando.

—Pero tú no sabes que...

—Sí, ya conozco la causa por la cual te han enviado —le atajó otra vez Kerrigan, pero sin violencia ninguna—. China era el país más seguro del mundo para ti. En todos los demás corrías peligro, puesto que Paxton quería matarte.

Y añadió mientras señalaba la autopista, que en aquellos momentos estaba casi desierta:

—Parece que eres un buen testigo de cargo contra él. El único testigo de cargo. Buena razón, por descontado, para que intente eliminarte del mundo de los vivos por el procedimiento que sea. Si ese perro rabioso tiene que volar la Estatua de la Libertad porque tú estás dentro, la volará. Pero no estoy aquí por esa razón. Tus cariñosas relaciones con Paxton no me interesan.

—¿Pues qué te interesa?

—Tú.

—No me dirás que te gusto. No me dirás que te habías fijado en mis piernas, maldito cerdo. No las habías visto nunca.

—No te hagas ilusiones, hermana. Las tienes bonitas, pero yo no me juego el cuello haciendo lo que he hecho para meter las manos en una mujer. Prefiero meterlas en otro sitio menos espiritual todavía. Ya te he dicho que tú te has convertido en un saco de oro.

—¿Por qué?

—No soy tan idiota como para no saber que han matado a Huang Ching.

—¿Cómo te has enterado?

—Los policías que estaban montando el cordón de seguridad lo decían a gritos cuando yo he llegado al aeropuerto. Discreción absoluta. Hasta el mismo Huang Ching se hubiese enterado caso de poder levantar la cabeza.

Ella apretó los labios.

—Bueno —susurró mientras perdía altura y echaba una rápida ojeada a los controles—. ¿Pero eso qué tiene que ver conmigo?

—Tú has visto quién es el asesino.

—Absurdo. La forma de matar a Huang ha sido...

—Si sabes cómo ha sido —le cortó él—, es que tú lo has visto. Y, por lo que he podido deducir, los chinos que estaban en el avión no saben nada. O al menos es seguro que no dirán una sola palabra al Gobierno de los Estados Unidos.

—Eso es cierto —reconoció Annabel—. Informarán a su Gobierno cuando puedan, pero al norteamericano jamás.

—Y en cambio al Gobierno norteamericano le interesa muchísimo aclarar las cosas para evitar un conflicto internacional, ¿no?

—Eso por supuesto.

—La única testigo que tienen eres tú...

—Sí.

—También es mala pata... Única testigo en el caso Paxton. Única testigo en el caso Huang Ching. Como para morirse, vamos.

—No creo que haga maldita falta que te burles encima.

—No, no... Yo no me burlo. Lo que quiero decir es que a nuestro respetable Gobierno le interesa tenerle. Si desapareces, puede que se te acuse incluso de haberte designado a ti para matar a Huang Ching. Es una maldita situación que ellos querrán resolver enseguida haciéndote declarar lo que has visto.

—Na... naturalmente.

Kerrigan rió.

Se puso un cigarrillo en los labios.

Sus ojos seguían tan tranquilos e impasibles como siempre mientras preguntaba sin mirar a la chica:

—¿Cuánto pagaría el respetable Gobierno de Washington por una muchacha que puede sacarle de un auténtico atolladero internacional? ¿Qué crees que pagarían por ti sí de pronto desaparecieras?

Annabel Burman quedó lívida.

De pronto había comprendido.

Con un hilo de voz bisbiseó:

—Pero tú no serás capaz de... de...

—Claro que sí, muñeca. Soy capaz de secuestrarte y mucho más. Soy capaz de matarte si te pones idiota, porque lo que tengo que perder es muy poco. En cambio disponiendo de ti es como si dispusiera de una de las llaves que guardan el oro de Fort Knox. Pienso esconderte en un sitio donde no te puedan encontrar jamás y negociar tu entrega. No admitiré menos de un millón de dólares, que el tío Sam pagará con mucho gusto. Claro que, por supuesto, empezaré pidiendo algo más...

Y, señalando un punto en la autopista que parecía balancearse bajo sus pies, dijo como el que señala un lugar para situar una hamaca al sol:

—Ése es un buen sitio.

CAPÍTULO VI

LAS CARRETERAS DEL INFIERNO

Los dos únicos automovilistas que en aquel momento rodaban por el sector en dirección al distrito de Columbia agacharon instintivamente las cabezas cuando vieron que la avioneta casi se posaba sobre los techos de sus vehículos. Uno de ellos pegó luego tal brinco que por poco se carga el cinturón de seguridad. Inmediatamente los dos frenaron de una forma instintiva, cruzando sus coches.

La «Cessna» se posó suavemente unas doscientas yardas más allá, deslizándose por la autopista como por un aeropuerto. Inmediatamente un hombre y una mujer saltaron a tierra.

Los dos automovilistas se apearon al mismo tiempo. Estaban asombrados. Uno de ellos corrió mientras gritaba:

—¡Oiga, cerdo! ¡Váyase a calmar sus ímpetus en el Memorial de Lincoln!

De pronto se encontró con que le dolía el cuello. El revólver de cañón corto que empuñaba Kerrigan se le había clavado justo debajo de la amígdala izquierda.

Y malditas las ganas que tenía de operarse el tío.

—No... no dispare —balbució.

—No pienso hacerlo, si usted no se pone idiota. Supongo que ha dejado puestas las llaves en su coche.

—Es... está en marcha.

—Pues despídase de él por unas horas. Y ahora... ¡a tierra!

Le empujó con el mismo cañón, derribándole estrepitosamente. El otro automovilista, que se había dado cuenta de la situación, penetró de un salto en su vehículo e intentó arrancar de nuevo para poder pedir auxilio.

Kerrigan alzó el revólver.

Annabel gimió:

—¡No serás capaz de...!

—Hum... —dijo Kerrigan—. No creo que a uno le ejecuten por «matar» a cuatro neumáticos...

Y disparó cuatro veces.

El coche pegó cuatro brinquitos antes de estrellarse contra la valla. El conductor pegó de cabeza contra el parabrisas y perdió el sentido mientras barbotaba:

—Eran nuevos...

Kerrigan empujó a la muchacha hacia el coche.

No guardaba demasiadas ceremonias.

El vehículo era un «Toyota» *coupé* rojo capaz de alcanzar elevadas velocidades con poco consumo. Unos ocho kilómetros por litro de gasolina, mientras que la mayor parte de los coches americanos actuales sólo recorren dos kilómetros con un litro. Claro que eso importaba poco a Kerrigan, quien pensaba abandonarlo a poca distancia porque resultaba demasiado llamativo.

Se puso al volante y, sin que la muchacha hiciera resistencia, se dirigió hacia la ribera de Anacostia, como si fuera a entrar de nuevo en Washington. Pero a la altura de los muelles siguió por Anacostia Freeway, bordeando la capital, hasta entrar en Kenilworth y salir de Columbia por el bucle de Tuxedo.

Estaban otra vez en Maryland.

Hasta entonces el «Toyota» había alcanzado magníficas velocidades y no habían tropezado con ningún coche patrullero, lo cual era una inmensa suerte teniendo en cuenta que por radio debía haberse ordenado ya el bloqueo total de carreteras. Pero Kerrigan sabía que no se puede tentar la suerte demasiado tiempo.

Se detuvieron en un *snack* del camino. Kerrigan seguía obrando con tanta tranquilidad como si no les persiguiera nadie. Mientras abría la portezuela de la muchacha, ella susurró:

—Has hecho mal, maldito hijo de perra.

—¿Por qué?

—Aquí tengo magníficas oportunidades para pedir auxilio. Hay gente. Sólo conquie lance un grito se van a enterar todos de lo que ocurre.

—Muy bien —dijo él con la misma voz impasible—, pero si

inicias esa clase de juego ya debes saber desde el primer momento que puedes perderlo. Sentiría perder un millón de dólares, pero supongo que tú también sentirás perder tu linda cabecita que no piensa.

Y rozó casi imperceptiblemente la funda axilar donde llevaba el revólver de cañón corto.

Annabel adivinó lo que él quería sugerir. No hacía falta tener mucha imaginación para eso. Y adivinó también, viendo los ojos de aquel hombre, que no era de los que se detienen si hay que vaciar a tiros la cabeza de una mujer.

Pero dijo con voz espesa:

—Sigues estando equivocado, Kerrigan.

—¿Sí?

—Sí, porque sólo tienes dos balas en el tambor. Has disparado antes cuatro y no has podido recargar el arma porque conducías. O sea que si fallas los dos primeros tiros, estás listo.

—¿Imaginas que voy a fallar?

La muchacha prefirió no contestar. Pero sabía que era una magnífica oportunidad la que iba a tener ahora, una oportunidad que quizá no se repetiría en mucho tiempo.

—¿Qué tratas de hacer? —musitó mientras avanzaban hacia el bar—. ¿Cambiar de coche?

—Es elemental, ¿no?

—Pues lo siento por ti, porque sólo hay cuatro y ninguno de ellos tiene las llaves puestas. Los dueños están dentro y las llevan en sus bolsillos. Vas listo.

—Puedo hacer un puente, ¿no?

—No dudo de que sabes hacerlo, pero te va a faltar tiempo. Sobre todo si yo grito.

Ahora el que prefirió no contestar fue él. De pronto parecía haber perdido un poco de su calma glacial, como si tuviera el presentimiento de que estaba metido en una oscura encerrona. En efecto, un «Toyota» rojo no es precisamente el mejor coche para pasar inadvertido, y lo malo era que, efectivamente, ninguno de los cuatro vehículos estacionados allí tenía las llaves de contacto puestas.

—No tienes ninguna otra oportunidad —dijo ella, sabiendo que con sus palabras le ponía más nervioso—. El próximo parador o la

próxima gasolinera están a seis millas, y en seis millas seguro que encontramos a un patrullero. Hasta ahora has tenido demasiada suerte, marrano. De modo que o lo consigues aquí o ya no lo vas a conseguir en ninguna parte.

—Con dos balas en el cilindro puedo conseguir cualquier cosa —dijo secamente él.

—¿Sí? Pues procura no desperdiciarlas.

La serenidad de la muchacha era admirable, pues sabía bien que Kerrigan era un fugitivo, un desesperado, y que podía matarla con un solo gesto. Pero por unos momentos se sentía dueña de la situación. Se sintió dueña de la situación especialmente cuando vio que la miraban los cinco hombres que estaban allí. En efecto, los cuatro clientes y el camarero clavaron ansiosamente los ojos en ella.

Era como la aparición de una pequeña diosa en aquel lugar casi sórdido, donde las sillas estaban ligeramente manchadas de mugre y donde una vieja máquina tragaperras desgranaba un *blues*. *La muchacha se sentó en uno de los altos taburetes y enseñó provocativamente las piernas.*

Sabía que, todos estaban pendientes de ella, Kerrigan no se atrevería a hacerle nada. Y, en efecto, el interés masculino por sus fantásticas extremidades subió como una marea gigante que lo va a desbordar todo. Hasta el camarero empezó a servir leche fuera del vaso sin darse cuenta.

Annabel pidió, adelantándose al gesto de Kerrigan:

—Dos naranjadas, por favor. Con un poco de vodka.

Kerrigan echó un vistazo a los cuatro individuos mientras les servían. Parecía estar calculando mentalmente cuál de ellos tenía el coche mejor, para elegir la víctima de su atraco. Porque no cabía duda de que las llaves tendría que arrebatarlas por la fuerza.

Y sólo tenía dos balas.

Era su fallo, el único fallo que había cometido.

Con voz tranquila preguntó:

—¿Los servicios, por favor?

—Allí al fondo, señor.

—Gracias. Sírvame mientras tanto.

Annabel Burman sintió asombro al darse cuenta de que él la dejaba sola, pero inmediatamente adivinó de qué se trataba. Sería menos de un minuto. Kerrigan se había dado cuenta de su único

fallo y necesitaba recargar el revólver en un sitio solitario, ya que no podía hacerlo en público. Por eso había pedido ir al lavabo.

Pero no le dejaría tiempo a ella para hacer nada. El hombre estaba corriendo un riesgo calculado y que duraría treinta segundos. Materialmente la muchacha nada podía hacer a menos que...

Se decidió. Tenía que ser ahora o nunca.

Aunque Kerrigan la sorprendiese cuando se iba, ya se vería si se atrevía o no a disparar en aquel sitio. Ella también necesitaba correr un riesgo calculado si quería salir de aquella encerrona.

Miró al hombre que estaba a su lado.

Éste la devoraba con los ojos.

—Señor... —dijo velozmente.

—¿Qué pasa, nena?

—Por favor, no tome mis palabras a broma. Se lo suplico, es importantísimo. Obremos con la máxima rapidez. Ese hombre que ha entrado conmigo es un reclamado por la policía. Me tiene como rehén y saldrá antes de medio minuto. ¿Se atreve usted a ayudarme a escapar con su coche?

El hombre sonrió con suficiencia.

—Nena, otras prójimas que he encontrado, inventaban historias menos complicadas —dijo—. Le hacían un guiño a uno y le señalaban la puerta.

—Por favor le estoy hablando completamente en serio. Sólo necesito que me lleve hasta el primer coche patrullero. Seguro que encontramos uno a menos de dos millas de aquí.

—Pues claro... Hala, démonos prisa.

La muchacha tragó saliva.

Miró ansiosamente la puerta.

Había hecho funcionar la aguja de su cronómetro cuando empezó a hablar. Llevaba sólo diez segundos.

Disponía de quince o veinte más hasta que se abriera de nuevo la puerta. Quizá tendría tiempo de llegar hasta el coche.

—Por Dios, vamos...

El hombre se la llevó entre las miradas de envidia de todos los presentes, que no habían entendido absolutamente nada. Atravesaron la puerta mientras Annabel sentía el loco

tic-tac

de su corazón.

Tenía la sensación de estar saliendo de su propia tumba.

Una tumba que en la última fracción de segundo aún podía cerrarse.

Al atravesar el umbral miró hacia atrás. La puerta de los lavabos continuaba cerrada. Habían pasado unos veinte segundos.

Quedaban quizá diez...

Con todos los nervios en tensión, vio acercarse el coche en el cual iba a huir. Le parecía que se movía el coche, no ella. Las sienes le zumbaban de tal modo que por un momento pensó que se iba a poner a chillar.

Pero no pasó nada.

Kerrigan había hecho una jugada límite para asegurarse al menos una buena capacidad de fuego. Y la jugada límite le había salido mal.

El hombre abrió la puerta. Su coche era magnífico. Se trataba nada menos que de un «Continental» negro de cinco plazas, con motor de seis cilindros. Los butacones delanteros se hundían acogedores bajo el peso del cuerpo.

El hombre puso contacto. El motor tardó en arrancar.

La muchacha sintió que se le secaba la boca.

Otra vuelta de llave... Cinco segundos... Diez... Doce...

Por fin el motor ronroneó satisfecho. Kerrigan no había salido. El hombre giró el volante con una mano mientras ponía la otra encima de los muslos de Annabel.

Ella no se atrevió a protestar. Tenía que aguantar aquello de momento, aunque luego ya vería. El «Continental» se despegó como un bólido del apartamento y se situó en el centro de la carretera.

—Menos mal... —dijo la muchacha.

—Sí, menos mal —dijo a su espalda la voz de Kerrigan.

Y apoyó el cañón de su revólver chato en la nuca del conductor. Éste lanzó un gruñido, pegó un brinco en su asiento y por poco pierde el dominio del coche. Luego dirigió a Annabel una mirada cargada de desprecio.

—Maldita buscona...

—Le juro que no lo sabía —musitó ella—. Por Dios, créame. Se lo juro... Ahora ya de nada me serviría mentir.

Era tal la sensación de angustia que traslucía su rostro que el hombre no tuvo más remedio que creerla. Mientras volvía un poco

la cabeza, aunque sin dejar de prestar atención a la carretera, musitó:

—¿Cómo lo has hecho?

—Había estado otras veces aquí —dijo tranquilamente Kerrigan—. Sabía que los lavabos tenían una salida posterior.

—¿Y cómo ha adivinado que la chica se dirigiría a mí?

—Era el que estaba a su lado.

—De modo que usted ha salido de los lavabos y se ha escondido en la parte de atrás de mi coche... ¿Pero cómo ha sabido que era mío? ¿O estaba aquí por simple chiripa?

—No —musitó Kerrigan—. Cuando uno confía en la chiripa, las cosas no le salen bien. Usted lleva fuera del bolsillo el adorno de plata del llavero. Y ese adorno de plata lleva el nombre del «Ford Continental».

—Infiernos... Creí que ni siquiera me había mirado.

—He mirado a los cuatro —dijo tranquilamente Kerrigan—. Los cuatro daban asco. Y ahora métase por ese camino que hay a la derecha.

Era un camino vecinal, estrecho y sin asfaltar, que llevaba a otra carretera a través de un bosque. Sin duda debía servir sólo para parejas de enamorados en las noches de luna.

O para muertos en las mañanas de sol.

Al hombre le temblaron las manos sobre el volante mientras susurraba:

—¿Qué va a hacer?

—No pregunte y obedezca. Si no, la próxima pregunta se la hará a San Pedro cuando San Pedro le dé vía libre.

El otro giró. Rodaron por entre los árboles y un instante después se habían perdido de vista.

—Frene aquí.

—¿Pero qué va a hacer...?

—Baje.

El otro obedeció. Temblaba como un flan. El más absoluto terror brillaba en sus ojos.

Cada año aparecen centenares de hombres asesinados en las carreteras norteamericanas, y casi nunca se sabe por quién. En todo caso, aunque se sepa, al cadáver ya nadie le soluciona nada. Y la muerte palpitaba quieta, inflexible, en los ojos de Kerrigan.

—Vuélvase.

Annabel suplicó:

—Por Dios...

Kerrigan dijo con voz opaca, una voz en la que no palpitaba el más mínimo sentimiento:

—Lo siento. No puedo dejar testigos a mi espalda.

Y disparó fríamente.

El hombre del «Ford Continental» cayó hacia adelante, lanzando un aullido, mientras en su traje, en la espalda, se marcaba el brutal impacto de la bala.

Annabel Burman se llevó las manos a los ojos.

Estaba aterrada.

Una llamita de odio, una llamita donde palpitaba casi la locura brilló en sus ojos cuando éstos se volvieron de nuevo hacia Kerrigan.

—Asesino... —barbotó—. Puerco y viscoso asesino...

—Estás loca si pensabas que iba a dejarle tan tranquilo —dijo él con la misma voz opaca—. La carretera general está demasiado cerca. Dentro de cinco minutos habría salido para denunciar la desaparición de su coche y dar las características. En un cuarto de hora tendría detrás de mis neumáticos a todos los patrulleros de Maryland.

La muchacha desvió la mirada.

Si hasta aquel instante había podido pensar que estaba en manos de un negociante poco escrupuloso, de un hombre que sacaba tajada de cualquier basura, ahora se daba cuenta de que había caído en poder de un auténtico asesino. Su carrera hacia el escondite que sin duda le tenía asignado no iba a ser más que una carrera de muertes.

Pero una de las frases de Kerrigan había quedado grabada en su cerebro. Desesperadamente grabada. La mica frase que le permitía albergar alguna esperanza era ésta: «la carretera general está demasiado cerca».

Si ella lograra correr...

Si consiguiera llegar hasta allí, por dónde pasaba un alud de coches que sin duda pararían ante unas piernas bonitas...

Aquélla era su única esperanza.

De modo que susurró mientras se apeaba:

—Bueno, ¿vas a dejarlo aquí, casi en mitad del camino? ¿No lo escondes al menos entre los arbustos?

—Es una buena idea —dijo él.

Y lo sujetó por las axilas para arrastrarlo hacia una zona boscosa donde quedaría oculto.

Pero durante aquellos instantes no miró a Annabel Burman. No la miró, especialmente, mientras se introducía en la maleza.

Y la muchacha decidió que había llegado la hora de probar que sus piernas, además de bonitas y largas, eran ágiles y fuertes. Por lo tanto se subió de nuevo la falda y emprendió una de las carreras más rápidas que había emprendido en toda su vida. Hizo un velocísimo zigzag, entró por un sendero lateral, saltó encima de un tronco derribado y se encontró a menos de doscientas yardas de la carretera general. Desde allí podía oír el ruido de los coches que pasaban. Estuvo a punto de lanzar un grito de alegría, al considerarse salvada.

Pero aquel grito de alegría se transformó en un gemido de decepción y de rabia, cuando oyó el rugido del motor a su espalda. Kerrigan se había dado cuenta de su fuga y había logrado meterse en el «Ford Continental» incluso por aquel terreno imposible. Annabel volvió la cabeza y se dio cuenta de que ya la estaba alcanzando.

Tenía el coche apenas a quinientas yardas, pero el terreno era muy difícil. El «Ford» tenía que rodar zigzagueando y en primera. Quizá no llegaría a alcanzarla antes de que ella pusiese sus pies en la carretera que iba a la ciudad.

Eso hizo que Annabel redoblase sus esfuerzos. Los pulmones le quemaron a causa de la ansiedad, pues mientras corría no respiraba. Vio que la cinta de asfalto estaba apenas a ochenta yardas. Cincuenta... Cuarenta...

El «Ford» ya estaba tras ella, pero no podría alcanzarla antes de que llegase a la cinta de asfalto. La muchacha se volvió con un gesto patético y a la vez triunfante, para calcular las distancias antes del último salto.

Y entonces sus ojos se crisparon de horror.

Porque vio que Kerrigan acababa de sacar el revólver por la ventanilla. Vio que la apuntaba fríamente.

—Lo siento, muñeca —dijo—. No puedo correr riesgos.

E hizo fuego.

Annabel Burman sintió el impacto en la espalda.

Giró sobre sí misma con los ojos desorbitados.

La falda tuvo un postrer revuelo. Sus hermosas piernas giraron en el aire, en una extraña caída que pareció captada en cámara lenta.

Mientras su rostro se hundía en el polvo, apenas a cuarenta yardas de la carretera donde podía haber estado su salvación, musitó:

—A... se... sí... no...

CAPÍTULO VII

TAN TRANQUILO COMO UN CEMENTERIO

Una persona que ha recibido un balazo y sabe que lo ha recibido en un punto vital, una persona que cae sabiendo que hace la última pirueta de su vida, no espera de ningún modo despertar más tarde con una magnífica sensación de relax y encontrándose mucho mejor que al recibir la bala. Lo único que Annabel Burman notaba era un sabor viscoso en la boca, una cierta necesidad de hipar y una deliciosa somnolencia en los miembros, somnolencia que disminuía progresivamente.

Miró hacia adelante con la confusión con que los resucitados, si es que los ha habido alguna vez, deben mirar el mundo que los circunda. La luz del mediodía ya había pasado, siendo sustituida por la luz más dulce de la tarde. La carretera se deslizaba rauda por las ventanillas laterales del «Ford Continental», que rodaba por una pista larga y tranquila bordeada por anticuados postes de telégrafo que aún eran de madera. La muchacha, con el cerebro cada vez más despierto, pensó que el paisaje se parecía a los paisajes un poco tristes de la zona de Baltimore. Y sin duda estaban en una carretera absolutamente secundaria.

Pero lo más asombroso, lo más increíble, era aquella sensación de vivir otra vez. No sentía el menor daño. Ni siquiera un leve escozor en el sitio donde había recibido la bala.

Kerrigan conducía tranquilo a su lado. Sin mirarla, preguntó:

—¿Un cigarrillo?

—No.

—¿Un trago de *whisky*?

—No.

—¿Pues qué te apetece?

—Que hagas un esfuerzo de memoria y me digas si por casualidad has oído alguna vez el nombre de tu padre.

Kerrigan prefirió no contestar directamente a aquello. Sólo movió un poco la cabeza, sin dejar de estar atento a la carretera, mientras decía:

—Parece que no te has despertado de muy buen humor... ¿Siempre te ocurre lo mismo, después de dormir la siesta?

—¿Qué... siesta?

—Llevas dos horas largas durmiendo. Y la verdad es que lo hacías muy bien. Por cierto... Este modelo tiene unos magníficos abatibles.

Annabel se pasó ion momento la mano por los ojos mientras balbucía:

—¿Cómo es posible que... que me haya dormido y no sienta ningún daño?

—Por la bala anestésica. Es natural.

—¿Qué...?

—Este revólver no sólo carga balas blindadas. También carga balas anestésicas, que estropean un traje, pero no causan ningún daño más. Lo malo es que no he podido elegir. No son para personas, sino para caballos, ¿sabes? Y a ti te he dado una dosis de yegua.

Ella necesitó pasarse un momento las manos por los ojos asombrados antes de musitar:

—¿Es la misma clase de bala que has disparado contra el dueño de este coche?

—Claro que sí. Necesitaba que el tipo durmiera un par de horas, a fin de permitirme marchar tranquilo. Supongo que cuando despierte se acordará de mi familia a causa del traje hecho polvo, pero no pasará de ahí.

Ella hundió la cabeza. No sabía por qué, pero notaba encima de ella, una tremenda sensación de derrota. Aquel hombre la desconcertaba, aparecía siempre por rincones inesperados con soluciones más inesperadas cada vez, y por un momento Annabel tuvo la sensación de que jamás conseguiría librarse de él. Echó el asiento hacia adelante, pero siguió con la cabeza hundida mientras continuaba venciénola aquel sentimiento de angustia.

—¿Dónde estamos? —musitó al cabo de unos instantes.

—Es una carretera secundaria que va desde Germantown a la carretera nacional 70, a la altura de Airy. Espero llegar allí dentro de diez minutos.

—Entonces no nos hemos alejado demasiado de Washington... Estamos a la altura de Baltimore.

—Cierto. Reconozco que podía haberme alejado más, pero no soy tan mal conductor cómo piensas. Exhibir este rutilante cacharro por autopistas y carreteras de primer orden cuando ya nos debe estar buscando toda la policía del país, es la única imprudencia que no puedo cometer. He dado más vueltas que en toda mi vida, hasta tener la sensación de que nadie puede seguirnos.

—¿Qué piensas hacer luego? ¿No te das cuenta de que te será completamente imposible seguir más lejos?

—Pienso pasar entre Washington y Baltimore para dirigirme al sitio que menos esperan: la base naval de Norfolk. Seguro que no imaginan que estoy tan cerca. A estas horas ya me están buscando en las carreteras que llegan al norte, al Canadá. Mientras que seguramente a nadie se le ocurrirá que haya torcido hacia la bahía de Chesapeake.

—Pero debes tener alguna idea... Debes haber pensado en un sitio al cual conducirme, ¿no?

—Cualquier sitio desde donde pueda telefonar es bueno —dijo tranquilamente él.

Y desbordó la Nacional 70, introduciéndose por otra carretera secundaria que llevaba a Unionville, Taylorsville, Eldersburg y Baltimore. Desde allí, por la autopista número 2, podía dirigirse a la península a cuyo extremo está Norfolk, formando Newport News uno de los puertos naturales mejores del mundo.

Por el momento, Kerrigan iba teniendo suerte, puesto que no habían tropezado con ninguna patrulla y con ningún control. El tráfico era tan enorme que resultaba difícil controlarlo. Atravesaron la enmarañada selva de Baltimore, donde Edgar Allan Poe vivió sus últimos y tristes días, y por la autopista que deja a la derecha la Academia Naval de Annapolis, la más importante del mundo, se dirigieron, atravesando la bahía por Sonay Point, hacia Grassonville, ya en la península.

Mientras tanto la luz había ido cayendo casi verticalmente, hasta que sólo les rodearon las sombras. Los automóviles ya habían

encendido las luces de cruce. Todo el paisaje adquiriría un aspecto entre melancólico y rutilante cada vez que dejaban atrás un parador de carretera o un hotel.

Kerrigan musitó:

—A estas horas el dueño de este cacharro ya debe estar harto de cantar ante la policía, que tendrá por lo menos diez veces la descripción y las matrículas del «Ford Continental». Hay que cambiarlo por otro.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—No emplearé el truco de la otra vez —dijo Kerrigan—. Hay sistemas más sencillos.

Y se introdujo por un ramal que llevaba a la playa. Todo estaba desierto y vacío a aquella hora y en aquella época del año. No resultó difícil dejar encajonado el «Ford» entre dos viejas casas, en un estrecho pasadizo que apenas permitía abrir las puertas. El coche situado así no se veía desde ninguna parte, a menos que uno llegara a tenerlo a tres pasos. Podían pasarse perfectamente una semana sin descubrirlo.

Luego remontaron una pendiente arenosa y salieron a la carretera de nuevo. Algunos camiones pesados pasaban a moderada velocidad. Coches grandes como barcos y que llevaban a bordo a familias felices también les rozaron sin que Kerrigan hiciera una sola seña, a pesar de que algunos conductores les miraron con la expresión bondadosa del que está deseando practicar las virtudes del auto-stop.

Otra vez Annabel se sintió completamente desconcertada. ¿Qué pensaba hacer aquel hombre? ¿Por qué perdía tanto tiempo? ¿Por qué no paraba uno de aquellos vehículos que podían llevarles a cualquier sitio?

Como siempre, Kerrigan hizo lo más inesperado. Detuvo un «Cougar» verde en el que viajaban dos individuos con aspecto de facinerosos, dos tipos que conducían haciendo eses y uno de los cuales llevaba la botella casi encima del *tablier*.

Por supuesto, se detuvieron a la señal de auto-stop. Por supuesto, miraron las piernas de la chica. Por supuesto, rieron al ver que la acompañaba un solo hombre.

Kerrigan preguntó amablemente:

—Me llamo Norton y ésta es mi hermana Annabel —dijo

Kerrigan—. ¿Podrían llevarnos a la frontera de Maryland con Virginia, si es que se dirigen ustedes allí?

—Pues claro que podemos llevarles... Naturalmente que sí. Suba.

Y el que iba, junto al conductor dejó su asiento libre a Kerrigan mientras él se encajonaba detrás con la chica.

—Es para que su hermanita no se aburra, ¿sabe?

—¿Es su hermana —preguntó el conductor—, o su novia?

—Mi hermana... De verdad, mi hermana.

—Bueno, pues entonces usted se mostrará colaborador...

—¿Colaborador en qué?

—En eso —dijo el de atrás.

Mientras el conductor giraba rabiosamente hacia un bosquecillo que había a la derecha, y donde nadie podría ver lo que pasaba, su amigo descargó la botella de *whisky* sobre la cabeza de Kerrigan. Normalmente un golpe de aquella clase bastaba para dejar sin sentido a un hombre.

Pero tuvo una buena sorpresa al ver que la botella no llegaba a su destino. La mano con que la empuñaba acababa de tropezar en una especie de bloque de acero.

Y sus sorpresas no terminaron ahí.

Dos dedos fueron hacia su cuello.

Sólo dos dedos abiertos en forma de horquilla.

Pero el hombre que recibió su acariciador contacto tuvo motivos para lanzar un grito que debió oírse en todo el bosquecillo. Tuvo la sensación de que le habían roto la tráquea. Tosiendo angustiosamente, se inclinó sobre la puerta.

El conductor barbotó:

—¿Pero qué ha hecho?

—Colaboro —dijo Kerrigan con la misma voz impasible de siempre—. Estoy colaborando...

Y sujetó con las dos manos la derecha de su enemigo, con la que éste se disponía a sacar un revólver de cañón corto. Le retorció aquella mano empleando solo los dedos de su derecha y le asestó un terrible golpe en la nuca con el canto de la izquierda. El individuo quedó instantáneamente dormido sobre el volante, mientras de sus labios escapaba un delgado hilo de sangre.

Kerrigan tuvo tiempo justo para mover el pie, clavarlo en el

freno y dar un golpe de volante. El «Cougar» se caló. Sólo por veinte milímetros no llegó a estrellarse contra el tronco de un árbol.

Con la tranquilidad de quien lo hace todos los días, Kerrigan saltó del coche, sacó a los dos individuos y los dejó como fardos entre los matorrales del bosque. Luego dijo a la chica:

—Arreando.

—¿Pero te has dado cuenta...?

—Sí. Me he dado cuenta.

—¿Pero por qué te has arriesgado a parar a dos tipos así?

—Porque eran los dos únicos que tenían cara de hijo de perra.

—¿No te das cuenta de que podían... podían...?

—¿Conseguir su propósito? Claro que me he dado cuenta. Pero ése era un riesgo que tenía que correr.

—¿Ah, sí?

—Sobre todo porque lo corrías tú.

—Eres un... un...

Él no se molestó en oír la frase que siguió a esas palabras. Mientras robaba su tabaco a uno de los heridos, gruñó:

—Son los únicos que no denunciarán a la policía la desaparición de su coche. Por lo tanto podemos usarlo tranquilos.

—¿Por qué no lo denunciarán?

—Porque les harán la prueba del alcohol, y van más borrachos que cubas. Porque seguramente su permiso de conducir está intervenido por el juez. Porque indudablemente tendrán antecedentes penales. Y porque, con la cara que tienen, en cualquier estación de policía les patearán las tripas como medida preventiva antes de preguntarles su nombre. ¿Te parece bastante o sigo?

Ella musitó desfallecida:

—No, no... Me parece bastante.

—Lo único que he de decir en su disculpa es que esos dos cerdos no tienen mal gusto —masculló Kerrigan—. Si no anduviera tan corto de tiempo haría lo mismo que pensaban hacer ellos, qué diablos.

Y miró a Annabel como si por primera vez se enterara de que ella era una deliciosa mujer.

Annabel susurró:

—Cerdo...

Pero ya estaban de nuevo en la carretera. Ya veían un anuncio

luminoso en el que se distinguía una cama atravesada por un corazón y en el que se leía:

«Motel La Tranquilidad. Distracción garantizada»

—Vamos allá —dijo Kerrigan—. Eso de la tranquilidad va con mi carácter. El nombrecito me gusta...

CAPÍTULO VIII

BUITRES EN MOVIMIENTO

En el *motel*, en efecto, había un ambiente apacible. El amplio aparcamiento estaba casi vacío. Las luces tenían una tonalidad rosada. Había corazones pintados en cada puerta. Y para que no cupiese ninguna duda de qué clase de sitio era aquél, el empleado de recepción y la empleada de caja se estaban dando un lote lo que se dice en la misma puerta.

Kerrigan vio con satisfacción que cada garaje tenía puertas, lo cual indicaba que nadie podría ver de un vistazo si el coche que buscaba estaba allí. Porque era probable que los frustrados asaltantes se decidieran durante la noche a dar una vuelta por las cercanías a ver si el «Cougar» que les habían birlado estaba en algún establecimiento contiguo a la carretera.

Kerrigan golpeó los cristales de la puerta.

—Eh, amigos.

La chica de caja se ajustó la falda con una sonrisa.

—Perdone, señor. ¿Viene solo?

—¿Viene sólo alguien?

—No.

—Pues entonces...

—Tome las llaves del tres, señor. Hay baño completo, aire acondicionado y televisión, pero la televisión no funciona.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo va a lo suyo y nadie la pone.

—Ah...

—¿Va a cenar, señor?

—Sí. Ya les encargaré algo por teléfono. Porque hay teléfono, ¿verdad?

—Eso sí, señor. La mayoría de nuestros clientes lo usan para saber si sus esposas o sus maridos siguen en casa.

A Kerrigan le pareció que no podía haber encontrado un ambiente mejor. Seguro que no había otro hotel más «familiar» en toda la cuenca del Delaware.

Volvió al coche y dijo, «andando», a la muchacha, mientras el empleado de recepción, que no había abierto la boca, volvía a la tarea con redoblado entusiasmo.

Cerraron la puerta del garaje una vez dentro el coche. Se encontraron entonces en una pieza cuadrada, limpia, con una amplia cama de matrimonio junto a un televisor que sin duda no debía funcionar, porque en el cristal de la pantalla estaba escrito: «Joe quiere a Nancy».

Kerrigan pidió en el automático una conferencia con la Brigada de Servicios Especiales de Washington. Cuando la hubo obtenido preguntó:

—Quiero hablar con Closkey o Dillinger, uno de los dos. ¿Cuál de ellos está?

—Está el señor Closkey.

—Pues que se ponga. Diga que soy el hombre que se ha llevado a Annabel Burman.

Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras, cuando la voz inconfundible de Closkey gritó:

—¡Hijo de perra, bandido, cerdo, asqueroso, desertor, bastardo...!

—Se olvida de una cosa —dijo tranquilamente Kerrigan.

—¿De qué?

—También soy zurdo.

—¡Maldito hijo de...!

—Mire, Closkey, vayamos al grano. Sé que usted tardará tres minutos en localizar esta llamada, y por lo tanto hablaremos dos minutos y medio solamente. La cosa es sencilla y clara: tengo en mi poder a Annabel Burman. Y Annabel Burman vio morir a aquel chino de las narices.

—Se equivoca. Lo vimos morir todos.

—Me estoy refiriendo a que vio quién le colocaba la carga de plástico en el bolsillo después de birlarle la cartera. Supongo que al Gobierno le interesa aclarar ese punto para evitar un sucio conflicto

internacional. Para que nadie pueda creer incluso que fuimos los norteamericanos quienes matamos a ese hombre.

—Kerrigan, está usted loco.

—¿Sí...?

—Nadie chantajea al Gobierno de los Estados Unidos.

—Al Gobierno de los Estados Unidos lo están chantajeando desde que se fundó. Y ahora vamos al asunto: sé que interesa la declaración de Annabel, y la declaración de Annabel la controlo yo. Tendrán ustedes a esa chica sana y salva y con la lengua en buen uso para hablar si pagan millón y medio de dólares en billetes usados de cualquier cantidad. Es mi primer y único precio.

Se oyó un gruñido de Closkey al otro lado del hilo. Sin duda iba a soltar otra vez todo lo que él sabía acerca de las supuestas costumbres sexuales de la mamá de Kerrigan. Pero se contuvo porque aquella voz lejana, opaca y fría le indicaba que el asunto no admitía demoras: que era terriblemente grave.

—Por supuesto he de consultar al Gobierno —dijo.

—Me parece correcto. Usted no puede tomar esa decisión porque no verá en su vida un millón de dólares juntos. Tiene doce horas para consultar. Mañana a las ocho de la mañana en punto volveré a llamarle. Esté en su oficina con una respuesta afirmativa, en cuyo caso le daré mis instrucciones acerca del modo de pagar esa cantidad. Si la respuesta es negativa, no volverán a ver a la muchacha viva nunca más. Eso es todo.

Y colgó.

Habían transcurrido menos de dos minutos.

Desde la puerta del cuarto de baño, envuelta a medias en una toalla que apenas cubría sus fantásticas formas, Annabel Burman le miraba con facciones terriblemente pálidas.

—¿Serías capaz de...? —balbució.

—¿Lo dudas? ¿Para qué crees que me he metido en este negocio si no es para sacar una buena tajada?

—Eres un maldito degenerado, un...

—Hala, dúchate.

—¿Por qué?

—Porque si he de entregarte al Gobierno por un millón y medio de dólares, lo menos que puedo hacer es entregarte limpia...

Closkey había colgado el aparato también. Sus ojos desorbitados

echaban humo. Su boca tenía una forma extraña, como si se estuviera tragando un sapo.

Dillinger masculló:

—¿Era ese tipo?

—Sí.

—¡Por todos los infiernos! ¡Lo he de ver muerto...!

—Cuida que no te vea muerto él a ti, Dillinger. Y ahora vamos a dividirnos el trabajo. Yo voy a la Casa Blanca.

—No te dejarán entrar.

—Me lavaré los dientes, me cortaré las uñas, me cambiaré de traje —prometió Closkey—. No enseñaré el revólver, no escupiré contra los porteros, no me sentaré a fumar en la cama del presidente Nixon.

—Ah, entonces sí.

—Pues vamos al asunto: mientras yo estoy en la Casa Blanca, tú intentas localizar la llamada. Supongo que nuestros servicios técnicos han funcionado.

—Claro —dijo Dillinger—. Para eso cobran.

Pero tenía sus dudas.

Los servicios técnicos, en efecto, habían funcionado, aunque lo único que se sabía. —Dado que el servicio era automático y la conversación había resultado muy breve—, era que la llamada procedía de la zona situada entre Chestertown y Dover, en Maryland, cerca de la bahía de Chesapeake. Afinar más significaba un trabajo de investigación que requería horas.

Dillinger masculló:

—¡Pues hay que hacerlo! ¡Movilizar a todo el mundo! ¡Espero resultados dentro de una hora o todos vais a acabar dirigiendo el tráfico!

Los mecanismos silenciosos, exactos y en el fondo implacables de la policía se pusieron, a actuar. Pero Dillinger no contaba con algo: no contaba con que no todo el personal que estaba embarcado en aquella tarea era de absoluta confianza.

Poco después sonó una llamada telefónica en una elegante residencia de la zona de Hyde Park, en Nueva York. Un hombre alto, delgado, atravesó una puerta llevando el teléfono en las manos.

Anduvo sobre una mullida alfombra. El hombre que estaba en

ella con dos mujeres le miró irritado.

Sonaba la música.

Al fondo, en la chimenea, brillaban alegremente unos leños.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Por qué me molestas, imbécil? ¿No ves que estoy ocupado?

—Es que llaman por la línea privada, señor Paxton.

Paxton, el hombre que aquel año había hecho más negocios con las drogas que todos los demás comerciantes de la costa atlántica reunidos, tomó el auricular y contestó de mala gana:

—¿Qué pasa?

—Siento no poder hablar más alto, señor —dijo una voz cautelosa—. Le llamo desde mi puesto, en la policía.

—¿Ocurre algo?

—Claro que ocurre, señor. Usted sabe que ese perro de Kerrigan lleva a Annabel Burman, la testigo.

—Si es sólo para decirme eso...

—No le hubiera molestado para una tontería así. Lo que pasa es que acaba de llamar a la policía Kerrigan. Está en un punto situado cerca de la bahía de Chesapeake, entre Chestertown y Dover.

Paxton palideció.

—¿La policía ha dado con ellos?

—No. Los estamos buscando.

—De acuerdo. Yo los encontraré antes. Serás recompensado por esta noticia.

Y colgó.

Apretó los puños con un gesto que era a la vez de excitación y de rabia.

—Hay que ponerse en movimiento —dijo—. ¿A quién tenemos en la zona del Delaware?

—Al grupo de Murrigan —dijo el otro, recogiendo el teléfono—. Pueden ponerse en movimiento enseguida. Controlan mucha más zona que la policía.

—Avísales. Diles que habrá pasta larga. Diles que los bolsillos les van a reventar. Pero que si uno de ellos se distrae le van a reventar las costillas.

Y se dirigió a la otra habitación.

Una de las chicas musitó:

—Paxton... ¿Ya no te acuerdas de nosotras?

—¿Desde cuándo un hombre de bien va con golfas? —barbotó Paxton—. ¡Fuera de aquí, guarras! ¡A tomar viento...!

CAPÍTULO IX

UNA FIESTA POR TODO LO ALTO

Los hombres de Murrigan controlaban todo el vicio en la zona de Chesapeake, de modo que sistemas de información no les faltaban. Eran más de sesenta, entre los matones, vendedores de mandanga, chivatos, enlaces y conductores de «mercancía». Todos se pusieron en movimiento y recorrieron bares, hoteles, garitos, moteles, restaurantes y apartamentos más o menos discretos de coches. Su objetivo era un hombre y una mujer. Cualquiera que los hubiese visto podía ganar mucha pasta.

Se movían con la velocidad de perros de presa.

La policía, en cambio, obraba con mucha más lentitud. Por lo pronto, había una serie de conflictos con las autoridades locales, que se negaban a dar información si no se les pedía por escrito. Lo único que se sabía era que un hombre y una mujer de aquellas señas habían dejado sin sentido con una bala anestésica al propietario de un «Ford Continental». El «Ford Continental», había desaparecido sin que se tuviese la menor idea de dónde podía haber ido a parar: Ahí se perdía la pista.

Los controles telefónicos tampoco daban mejor resultado de momento. La zona a comprobar era demasiado amplia, y además una de las más habitadas de los Estados Unidos. Sólo allí había casi tantos teléfonos como en todo Arizona.

En cambio los hombres del grupo que Murrigan tuvieron más suerte. Ellos conocían a muchísima más gente de la que la policía podía sospechar. La cosa vino cuando John Porter se presentó ante el propio Murrigan para traer su ración de mandanga.

—Dos saquitos de heroína pura transportada desde Baltimore —dijo—. Quiero mi comisión enseguida.

John Porter tenía una inefable expresión de hombre bondadoso, honrado, de esos honestos ciudadanos incluso un poco pelmas que piden permiso al juez cada vez que quieren acostarse con su señora.

—Perfecto. Aquí van ochocientos pavos. Y cuarenta para gastos de transporte. —Gruñó Murrigan.

—Es poco —se quejó Porter—. Llevo toda la semana niños del colegio a sus casas en la zona de Taylorsville. Los policías ya se han acostumbrado a verme. Dos veces por semana transporto mandanga debajo de los asientos de los chicos. Pero eso es caro. Los muy bandidos me piden ahora hasta merienda. No sabe usted cómo son los niños de ahora.

—Discutiremos eso más adelante, Porter. Ahora tengo trabajo. Busco al hombre y la mujer que ves en esos dibujos.

Los dibujos estaban a un lado de la mesa. John Porter abrió mucho los ojos al verlos.

—Ah, cuerno... ¿Ésos? Yo los he visto hace POCO.

—¿Tú...?

Y Murrigan casi dio un salto.

—Sí, cuando volvía con el coche cargado de críos, como un honrado padre de familia —explicó Porter—. Estaban a un borde de la carretera y tenían pinta de hacer auto-stop, aunque a mí no me han hecho ningún gesto incluso cuándo he estado a punto de parar.

En cambio han subido en un «Cougar» verde, que venía detrás, un coche conducido por un imbécil que todo el rato venía haciendo eses.

—¿Un «Cougar» verde? ¿Iba el chófer solo?

—No. Iba con otro tan puerco como él. Maldita sea su estampa... Cerdos... Hienas, hijos de la mala madre... Sapos de alcantarilla...

—¿Por qué maldices tanto, Porter?

—Porque no puedo hacerlo cuando llevo a los chicos. Y como me paso transportando chicos todo el día.

Murrigan hizo crujir sus nudillos.

—Te daré cuatro hombres especializados —dijo—. Yo mismo iré también. Nos dejarás en el sitio donde viste a esa pareja.

—Claro...

Cinco minutos después, seis hombres a bordo de un «Mercedes» de importación salían hacia el punto señalado por, John Porter.

Llegaron media hora más tarde. El honrado e inocente transportista de niños dijo con su voz más dulce:

—Maldita sea. Esos puercos, indecentes, babosos y pútridos hijos de hiena los recogieron aquí.

—¿Viste algo más?

—No, nada.

—Pues ya me imagino lo que querrían los dos fulanos que iban en el coche. Habrá que buscar en los sitios discretos. Seguro que querían dejarle sin sentido a él y acorrallar a la chica.

Pero no hizo falta.

Junto a un bosquecillo, dos tipejos que parecían haber salido de debajo de una locomotora les hacían señas para que parasen.

Se les veía hechos polvo.

John Porter balbució:

—¡Son ellos...!

Murrigan bajó. Miró sonriendo al que tenía la boca más tiesa.

—Hola, muchacho.

—Queríamos que nos llevasen, pero... pero vemos que ya son seis...

—Claro... Pero no viene de uno, ¿sabes? Porque a ti te llevaremos a trozos.

Y le descargó brutalmente el puño entre los dientes. La boca tiesa se torció inmediatamente. Una nubecilla blanca que estaba formada por saliva y pedacitos de dientes saltó por los aires.

El otro intentó huir.

Los hombres de Murrigan le patearon hasta dejarle los riñones deshechos. Luego el jefe del grupo masculló:

—¿Dónde está vuestro «Cougar» verde?

—¿Cómo sabe que tenemos un... un petardo... de esa clase?

—Yo lo sé todo de vosotros, incluso las medidas de vuestros ataúdes. Y ahora decidme si vuestro coche tenía algo de especial.

—Una fuga de aceite... Lo estábamos perdiendo.

—Hum... La hemos visto en la carretera antes. No es mala pista. Vamos.

—¿Nos llevan? —preguntó— uno de los caídos. —¿Van a ayudarnos a...?

—No —dijo Murrigan sonriendo amablemente—. Vosotros «os quedáis».

Las automáticas con silenciador vomitaron plomo todas al mismo tiempo. Los dos jóvenes quedaron convertidos en auténticos coladores al borde de la carretera. Luego los empujaron con los pies, entre la maleza.

—No conviene que la policía pueda llegar a saber en qué asunto estamos metidos —dijo Murrigan secamente—. Y esos tipos ya no nos darán más problemas. Arreando.

Todos volvieron a bordo del «Mercedes».

La suerte les seguía acompañando. Un coche que tiene una fuga de aceite deja una pista tan clara que ni por encargo se podría encontrar otra mejor. Los potentes faros de yodo la siguieron por la carretera hasta llegar al motel La Tranquilidad.

La mancha era mayor en un punto.

Allí el coche se había detenido sin duda.

—Pues debe ir con el cárter seco —dijo uno de los *gangsters*.

—Eso no nos importa. Mira. Las gotitas siguen hacia aquel sitio.

El garaje era el número tres.

Estaba ocupado, puesto que tenía las puertas cerradas.

Murrigan gruñó:

—Los rifles.

Además de las pistolas que todos llevaban, aparecieron dos formidables piezas calibre 22 capaces de cargar balas explosivas. Con aquello se podía no ya despedazar a un hombre, sino casi bombardear un edificio.

Nadie se había enterado aún de que estaban allí. La chica de caja y el chico de recepción, seguían dándose un lote tras la puerta de cristales. Se ve que las aficiones de la gente no cambian nunca. Y aunque ya debían dolerles las manos, los tíos dale que te dale.

—Ni Kerrigan, ni la chica deben quedar vivos —dijo Murrigan—. Ella es un testigo demasiado peligroso para Paxton. Él es peligroso para todos nosotros.

—De acuerdo, jefe.

—Hay que asegurarse bien. Quiero que el pedazo más grande de sus cuerpos quepa en una cuchara.

—Hemos hecho esos trabajos otras veces. ¿Por qué duda?

Y avanzaron.

Llegaron hasta la puerta del garaje.

Y entonces la voz hizo:

—¡Chist...!

Fue Murrigan el primero en volverse.

Y el primero en morir.

Kerrigan no le dio demasiadas alternativas. O diñarla chillando o diñarla callando. Porque disparó apenas el otro se volvía.

La bala de gran calibre le penetró por la frente y le salió por la nuca. Murrigan cayó al suelo con los brazos en cruz.

Kerrigan barbotó:

—Ya sabía que estaba perdiendo aceite, idiotas... Ya sabía que el carácter se me estaba quedando seco... ¿Y por qué creéis que no lo he evitado? ¡Pues sólo para haceros venir aquí!

Mientras hablaba disparó otra vez.

John Porter recibió la bala en el estómago.

Barbotó:

—Canalla... Cerdo... hijo de raposa... Sobón... Pedazo de hiena... ahora que no me oyen los chicos...

Y cayó hacia atrás sujetándose una herida que era mortal. Los demás rodaron por el suelo como si una bomba hubiera explotado en medio del grupo.

Kerrigan también se había lanzado al suelo. Estarse de pie y en el mismo sitio equivalía a morir. En efecto, los calibre 22 no tardaron en aullar como hienas en la noche.

El portaequipajes de un coche que estaba situado fuera saltó en dos pedazos.

Un arbolillo quedó casi desgajado por la mitad.

Un anuncio luminoso del Motel se convirtió en virutas. Lo único que quedó más o menos entero fue el corazón encima de la cama.

Kerrigan dio dos vueltas sobre sí mismo. Tenía muy bien estudiado el sitio, ya que de lo contrario hubiera elegido otro para hacer su aparición. Su cuerpo se esfumó en una hondonada.

Los cuatro esbirros saltaron al mismo tiempo, poniéndose en pie.

—¡Pronto! ¡A la casa!

No tenían la menor idea de dónde podía estar Annabel Burman. Lo único que sabían era que no les convenía pelear en campo abierto y en un terreno desconocido para ellos. Fueron hacia el motel.

Cuando saltaron eran cuatro.

Sólo llegaron tres.

Una bala blindada hizo que uno de ellos girara sobre sus tacones y se estrellara contra el «Mercedes». Teniendo en cuenta que muchos tíos mueren sobre un tractor o sobre un coche de tercera mano, no tenía motivos para quejarse.

Los otros llegaron a la puerta del edificio. La chica de caja y el chico de recepción habían cambiado de sitio, pues ahora estaban ocultos detrás del *comptoir*, pero seguían haciendo lo mismo. De pronto él musitó, mirando a los ojos de la muchacha:

—Oye, ninguno de esos que llegan será tu padre, ¿verdad?

Los tres individuos se parapetaron tras las butacas.

Uno de los calibre 22 volvió a ladrar.

Toda una cristalera cayó a plomo. Una ráfaga hizo que las llaves de las habitaciones vacías saltaran en todas direcciones.

Uno de los tiradores masculló:

—¿Pero dónde está Kerrigan?

Pronto lo supieron. De pronto vieron una columnita de humo que se elevaba por encima del respaldo de una de las butacas. Alguien tenía el cinismo de estar fumando allí.

¿Sería posible que...?

Uno de los pistoleros barbotó:

—¡Dale!

Dos de las «Luger» vomitaron plomo como si hubieran enloquecido. La butaca, a pesar de ser de gran tamaño, bailó sobre sus patas y acabó saltando por los aires. El cigarrillo que estaba apoyado en uno de los bordes también saltó.

No había nadie allí.

Era una trampa para distraer su atención.

Uno de los tiradores volvió la cabeza mientras farfullaba:

—Pero...

La bala le penetró por una sien y le salió por la otra. Dio un salto de longitud que le hubiera hecho aspirar a la marca olímpica: Se estrelló contra las escaleras.

Los dos últimos sicarios de Murrigan, se sintieron solos, de repente: Apoyados espalda contra espalda, empezaron a disparar frenéticamente en todas direcciones. Ahora tenían cada uno de ellos un calibre 22.

Las paredes parecieron saltar a causa de las balas explosivas. Fue como un bombardeo... Los cuadros cayeron, los huecos en los

tabiques permitieron que se vieran las habitaciones de al lado, los cristales se convirtieron en añicos y la alfombra de la escalera quedó convertida en una serie de hilos. Si aquellos dos esbirros querían destruir el motel lo estaban consiguiendo. Pero no tenían la menor idea de dónde podía estar Kerrigan.

Éste hizo fuego desde la mismísima puerta, desde el sitio que menos podían imaginar sus enemigos. Uno de ellos se separó de su compañero mientras seguía haciendo fuego rabiosamente.

Pero no se dio cuenta de que disparaba al suelo.

No se dio cuenta de que ya no tenía fuerzas para levantar el rifle.

La bala blindada le había atravesado el cuerpo de parte a parte.

El último de los seis asesinos se volvió con las facciones desencajadas. Su calibre 22 buscó la víctima.

Y disparó.

Lo último que quedaba entero, la lámpara del vestíbulo saltó en cien pedazos. El hombre no se dio cuenta de que acababa de levantar demasiado el rifle en el momento de morir.

Todo su cerebro pareció llenarse con millones de estrellitas cuando le alcanzó la segunda bala.

Kerrigan guardó su «Magnum».

Fue detrás del *comptoir*.

Los dos empleados seguían allí, muy quietecitos.

La chica tenía unas piernas que no estaban nada mal.

Kerrigan gruñó:

—¿Habéis terminado?

—Verá... Eso depende...

—¿Hay muchos huéspedes en el motel?

—Nueve parejas. Pero si lo dice porque tiene miedo de que hablen, puede irse tranquilo. Ninguno de los huéspedes dirá que ha estado aquí.

—Perfecto. Vosotros también tendréis la boca cerrada. Cuando venga la policía diréis que seguramente fue un encuentro entre bandas rivales, ¿entendido?

—Sí, señor —musitó la chica—. Nosotros no hemos visto nada. Y usted tampoco. Kerrigan chascó dos dedos.

—Bueno provecho —dijo.

Y fue a su habitación.

Annabel Burman estaba allí. Esta vez no había hecho nada para huir, y en cierto modo era lógico. ¿Huir cuando seis hombres estaban esperándola para matarla? ¿Huir adónde?

Kerrigan musitó:

—Acaba de vestirme. Nos vamos.

—¿Es qué...?

—Sí. Todos aquellos tipos tuvieron mala suerte. Unos resbalaron y se hicieron pupa. A otros les sentó mal la comida.

—No sé si te has dado cuenta pero... pero eran hombres de Paxton. Yo conocía a Murrigan.

—Claro que eran hombres de Paxton. Y yo sabía demasiado bien que, llevándote conmigo, iba a encontrarlos tarde o temprano; por eso decidí provocar yo mismo el encuentro. Sabía de sobras que me encontrarían antes que la policía. Sabía de sobras que el coche de aquellos dos golfos estaba perdiendo aceite y que el rastro en la carretera era una magnífica pista para cualquiera que supiese de qué se trataba.

—Por lo tanto imaginabas que iban a venir...

—¿Por qué, si no, pensabas que los estaba esperando?

Ella le miró asombrada.

No sabía qué clase de hombre era aquél. Pero sin duda era el más extraordinario, el más sorprendente que había visto en todos los días de su vida.

—Kerrigan —dijo de todos modos—, tú estás loco.

—¿Por qué?

—Paxton tiene muchos hombres. Demasiados. Esto no ha sido más que una especie de primer *round*.

—Lo sé.

—No habrá sitio en toda la costa atlántica donde tú puedas esconderte. Sus perros rabiosos te perseguirán hasta debajo de las alcantarillas. Y no hablemos de la policía.

—La policía no tardará en dar con mi pista. Por eso nos largamos.

—Pero aún tienes que estar al menos doce horas conmigo. He oído que dabas ese plazo por teléfono.

—Doce horas se trampean de cualquier modo —dijo él—. Y vale la pena trampear lo que sea por millón y medio de dólares...

CAPÍTULO X

EL CERCO

Naturalmente, ya no les interesaba para nada el «Cougar», de modo que tomaron el «Mercedes», de importación. Los propios hombres de Murrigan se lo habían dejado en la puerta. Y ése era un coche del que la policía no desconfiaba, de modo que podían confiar razonablemente en rodar unas cuantas horas con él.

La muchacha musitó:

—¿Adónde nos dirigimos?

—De momento siempre hacia el sur —explicó él—. Por la nacional número 50 pienso llegar a Cambridge, en el condado de Dorchester, y ello por una sencilla razón: casi todas las carreteras y caminos secundarios llevan a una complicadísima costa con tantos entrantes y salientes que no hay quien los controle. O podemos escondernos unas cuantas horas en cualquiera de ellos o podemos robar una lancha en alguno de los setenta clubs náuticos que hay al menos allí. O sea que podríamos huir por mar en caso necesario.

—Parece que conoces muy bien esta zona, ¿no?

—Conozco todo el país, y además me molesto en mirar los mapas antes de emprender un trabajo, sobre todo si es un trabajo de más de un millón. Y ahora explícame por qué huiste del avión de los chinos.

Ella apretó los labios.

Sus ojos se perdieron en la carretera que en ese sector era muy recta y se sumergía en el vacío como una cinta sin fin.

Encendió un cigarrillo de los que había en la guantera antes de contestar.

—Tuve miedo —dijo al fin—. Un miedo espantoso de que acabaran matándome también.

—¿Por qué? Estabas ya protegida por los guardias norteamericanos...

—No era una garantía, puesto que no podían controlar a todo el mundo. Además hubieran acabado siendo expulsados del avión, puesto que aquél, legalmente, era territorio chino. Y en esas circunstancias podía ocurrir cualquier cosa.

—Pero tú eres una empleada del Gobierno de los Estados Unidos...

—Más o menos puede considerarse que lo soy. Pero en realidad tú sabes que me enviaron a China para que no corriera ningún peligro y luego, pudiera testificar contra Paxton. Los servicios que podía prestarles como intérprete eran una cosa secundaria.

—¿Pero tú viste quién mató a Huang Ching?

—Sólo una persona pudo hacerlo.

—¿Quién?

—Sim Li. Ése es un agente especial del cuerpo de protección que en otros tiempos había actuado como carterista en Shanghai. Entiéndeme: no como carterista profesional, sino en plan de exhibición en un circo. Ya sabes que los chinos tienen una gran habilidad para los juegos de manos, pero además ése tiene categoría de superclase. Yo supe bastantes cosas de él cuando conocí al séquito en Cantón. Me dijeron que estaba en el séquito no para proteger a Huang Ching, sino para birlar algún documento en los Estados Unidos si llegaba a hacer falta. Tú sabes bien que en todas las visitas oficiales de gente de altura hay tipos de esa clase.

—¿Por lo tanto solo él pudo hacer el difícilísimo trabajo de desabrochar uno de los botones de la guerrera de Huang, sacar la cartera y meter un bulto igual, pero que en realidad era un paquete de plástico?

—Sí. Sólo él.

—Y por lo tanto pensaba que tú podías denunciarle a la policía norteamericana, ¿verdad?

—Eso fue lo que temí: que él deseara eliminarme para que yo no hablase. Sus propios compañeros chinos también debían sospechar de él, naturalmente, pero no harían nada mientras el avión estuviese posado en Washington. En cambio yo podía hacer algo inmediatamente: bastaba con que lo señalase a uno de los guardias.

—Entiendo. Y pensaste que te mataría antes de correr ese riesgo,

¿no?

—Por supuesto. Ésa fue la razón de que huyera.

—¿No pensabas denunciarle?

—Claro que sí, pero sólo una vez en la avioneta y por medio de la radio. Allí no corría ningún peligro.

—Pero yo te fastidié el plan, ¿no?

—Sí. Tú apareciste de repente.

Kerrigan prendió también fuego a la punta de un cigarrillo en el encendedor eléctrico mientras musitaba:

—Verás... Este mundo es tan complicado que los profesionales hemos de intentar sacar pasta de donde sea. Es estupendo que el Gobierno norteamericano descubra al culpable, lo entregue atado de pies y manos y así normalice sus relaciones con los chinos, pero ¿por qué va a resultarle gratis un asunto así? ¿Por qué va a salir de un apuro tan sensacional sin que le cueste un dólar? A los gerifaltes de Washington poco les importará tener millón y medio menos en sus cajas. Lo gastan cada día, en sus programas del espacio. En cambio a mí me interesa mucho, porque millón y medio significa cambiar por completo el color de mi vida. En consecuencia te entrego a ti a cambio de la pasta y tú hablas. Así ganamos todos, menos el asesino. Por dura que tengas tu deliciosa mollera no me dirás que no es un negocio correcto.

Ella negó con la cabeza.

—Tienes un modo muy especial de entender los negocios —dijo—. En realidad lo que tú haces es vender mi testimonio. Es impedir que yo hable libremente. Estás extorsionando al Gobierno de los Estados Unidos en un asunto en que el Gobierno de los Estados Unidos no tiene ninguna culpa.

Kerrigan se encogió de hombros mientras tomaba una curva a alta velocidad.

—Por descontado que sí —dijo.

—Acabemos esta infernal aventura —suplicó ella—. Déjame aquí mismo y yo me entregaré en la primera estación de policía que encuentre. ¿Para qué quieres exponerte a morir? Lo de los hombres de Paxton no ha sido más que un anuncio de lo que te espera si sigues conmigo.

—Reconozco que viajar contigo es como viajar con una bomba de relojería. —Gruñó él—, y las bombas de relojería nunca han sido

mi debilidad. Pero al mismo tiempo eres una caja que, abierta a tiempo, puede contener millón y medio. De modo que voy a seguir arriesgándome hasta las ocho de mañana.

—¿Crees que el Gobierno va a acceder al pacto?

—Dudo que le quede otro remedio. Mañana por la mañana ya tendrán presentada una reclamación oficial china, y las grandes agencias internacionales de Prensa habrán llenado el mundo de fotografías del cadáver. Cada minuto contará entonces. Si Washington no da explicaciones, puede encontrarse en una situación internacional tan desairada que irá agravando a cada hora que pase.

—Y entonces se doblegarán, ¿no?

—Eso espero. Todo consiste en dejarles madurar un poco.

—Y ellos, por su parte, esperan que tú revientes, ¿no?

—Los buenos deseos son recíprocos por ambas partes. —Gruñó Kerrigan—. Yo espero aligerarles los bolsillos y ellos esperan que mientras tanto, alguien me convierta los huesos en abono nitrogenado. ¿Pero no cabe la posibilidad de que el asesino de Huang Ching, fuera otra persona? ¿Todos los demás te parecen inocentes?

—Hubo de ser Sim Li —dijo ella—, pero reconozco que puedo estar equivocada. Las únicas inocentes son las cuatro azafatas. Sobre ellas sí que no puede haber ninguna duda.

Kerrigan hizo un gesto afirmativo.

Llevaba ya muchas horas viviendo en terrible tensión, y prácticamente sin comer ni beber, pero ni el menor gesto de fatiga, ni la menor señal de ir a relajarse se apreciaba en su rostro.

Ahora recorrían otro trozo recto e interminable.

Estaban en el condado de Talbot, a la altura de la población de Matthews.

Por el momento no habían tenido ningún tropiezo, pero Kerrigan estaba con los nervios tensos. Sabía que la suerte no dura siempre. La policía no sólo hurgaría en las líneas telefónicas, sino que habría empezado ya a montar barreras en las rutas del sector.

Y de pronto vio la primera.

Los dos coches estaban cruzados.

Un policía con casco blanco les hacía señas con una linterna para que se detuviesen, señalando el borde de la carretera, donde

un motorista vigilaba metralleta en mano.

Era un control de narices. Intentar salirse de él equivalía a llamar a gritos a la muerte.

Pero Kerrigan sabía que los de la bofia estaban buscando a un hombre y una mujer. El «Mercedes» no les llamaría la atención, pero ellos dos sí. Y en fracciones de segundo comprendió que todo estaba perdido si fallaban sus reflejos.

Lo primero que hizo fue deslumbrar al de la linterna.

Aceleró bruscamente.

No fue hacia la derecha.

Fue hacia la izquierda, donde había un terraplén que apenas dejaba paso para un vehículo. Entre aquel terraplén y el primero de los coches policiales taponaban materialmente la carretera.

Pero Kerrigan pasó.

Menos mal que «Mercedes» no hablaba.

Si llega a hablar se acuerda de su padre.

Uno de los costados casi se hundió en el terraplén. El otro hizo saltar casi diez yardas el coche de la policía.

El de la metralleta rugió:

—¡A tierra!

No quería herir a ninguno de sus compañeros. Una vez se hubieron lanzado, disparó una ráfaga en mitad de las luces de posición del «Mercedes». O al menos hacia el sitio en que debían haber estado las luces de posición.

Por supuesto, Kerrigan acababa de apagarlas. Ahora se lanzó a ciegas y a una fantástica velocidad por la cinta de asfalto, de la cual apenas veía más que unos débiles reflejos.

Las balas de la metralleta salieron desviadas. Se oyó a su espalda, mezclado con los disparos, el rugir de los motores.

Kerrigan giró a la derecha.

Fue un giro violento, casi brutal, que hizo patinar al coche y durante algunos segundos lo sostuvo solamente sobre dos ruedas. Annabel no vio el camino hasta que lo tuvo materialmente debajo de sus ojos.

Pero no era ya la ruta principal, sino otra que se abría a la derecha y que llevaba a la punta de la costa, a una población llamada Fairbanks. Kerrigan había adivinado que estaba allí como si se la hubiesen señalado con radar.

La muchacha gimió:

—Es inútil. Van a seguirnos...

—No sabrán que hemos girado por aquí. Por instinto seguirán en línea recta, buscándonos, hasta que se den cuenta de su error y vuelvan sobre sus pasos. Pero eso nos habrá permitido ganar unos diez minutos.

—Tampoco conseguiremos nada... Delante de nosotros está el mar.

—Delante de nosotros —dijo Kerrigan, conservando una asombrosa calma—, están los clubs náuticos más lujosos de la bahía de Chesapeake. Te prometo que dentro de media hora hemos podido elegir el yate que más nos guste. Esta noche no hay apenas luna, y navegando con las luces de posición apagadas me gustará saber quién es el guapo que nos encuentra.

Ella suspiró, sintiéndose derrotada. Aquel maldito Kerrigan parecía tener siempre respuestas para todo, y además nunca perdía los nervios. Tuvo la completa seguridad de que encontrarían un yate a su medida y de que huirían exactamente en el plazo que él había dicho.

—¿Y adónde piensas que nos dirigimos? —musitó.

—Hay bastantes posibilidades —dijo él, mientras ponía toda su atención en la estrecha cinta asfaltada—. Por un lado puedo navegar hacia el sur y detenerme al llegar a la base naval de Norfolk. Por otro lado, puedo desembarcar tranquilamente en Port Republic, en la orilla occidental de la bahía, y volver otra vez tranquilamente a Washington. Eso es lo que menos esperan que haga.

Ella prefirió no hacer ya más preguntas. Se sentía de pronto terriblemente cansada, como si hubiera ido hasta el fin del mundo. Hundió la cabeza y de pronto le maravilló que el mar, visto desde aquella altura, pudiera ser tan hermoso.

Encendieron las luces de posición.

De otro modo, presentándose a oscuras, hubiesen llamado la atención demasiado.

Estaban llegando no a Fairbanks, sino a un punto situado delante de la isla de Sherwood. Allí, en una cala, estaba situado uno de los clubs náuticos más elegantes de la bahía. Aunque no era verano, había bastantes personas por las cercanías, gozando de la

agradable temperatura de la noche. Una serie de marinos contratados en los yates mataban su tiempo en unos bares que querían tener un ambiente antillano y en realidad eran cajas de sardinas funcionales que parecían sacadas de un anuncio de la televisión.

Algunos dirigieron miradas al «Mercedes» de importación, diciendo para sus adentros que parecía mentira que un dueño tan rico tratara una joya así con tan poco cuidado. Un accidente con zambombazo por los dos sitios sólo podía haber sido causado por un burro.

Kerrigan miró su reloj.

Aún disponía de unos diez minutos.

Detuvo su coche en un estacionamiento casi vacío. En el muelle de madera había al menos una docena de yates, algunos de ellos realmente admirables. Un cartelón decía: «Para vender. Grandes ocasiones. Facilidades de pago».

Un tipo con aspecto de irlandés se acercó a ellos. Llevaba una gorra de marino que debía haber visto mil singladuras. Fumaba una pipa tan maloliente que parecía como si en ella hubiera puesto a cocer pieles de sapo.

—¿Les interesa alguna compra? —preguntó.

—Sí —dijo Kerrigan—, pero quisiera algo para navegar sólo por la bahía. Una cosa de unas cuatro plazas y que obtenga buenas velocidades.

—Tengo lo que usted necesita, amigo. Venga.

Y les condujo a través de la pasarela entre dos muelles. Kerrigan preguntó como el que se interesa de verdad por la cosa:

—¿Todos estos yates han pertenecido a gente del club?

—Naturalmente que sí, y por eso están tan bien cuidados. La gente de aquí es millonaria y caprichosa, ya se lo puede imaginar usted. Cada tres años cambian de yate y ponen a la venta el viejo, que a veces ni siquiera ha pasado más allá de Virginia Beach. Crea que a mí me dan lástima.

Kerrigan puso sus ojos en uno pequeño, de proa afilada, que podía desarrollar buenas velocidades. Preguntó:

—¿Tiene los depósitos llenos?

—Sí. Y dos motores «Jonhson» de ciento veinte caballos cada uno. Una bala.

—Me gustaría probarlo —dijo Kerrigan.

—Claro. Suban...

Cuando estaban todos a bordo, el yate desamarró. Kerrigan ayudó al marino para que éste se diera más prisa. Sabía que ahora cada segundo contaba, y que cualquier momento los patrulleros de la policía podían presentarse haciendo sonar sus sirenas en el puerto.

Salieron poniendo, proa a Mac Daniel, al norte. Las aguas estaban tranquilas. La proa se puso a hendir el líquido velozmente mientras los dos motores emitían un rugido acompasado y alegre.

—¿Qué? —preguntó el irlandés mientras manejaba el timón—. ¿Le gusta?

—¿No hay peligro de irnos al agua? —preguntó Kerrigan.

—¡Hombre! ¡Qué tontería...!

—Pues yo diría que sí que lo hay —musitó el joven.

Y sujetó al marino por detrás. Lo levantó como si fuera una pluma mientras le apretaba el cuello, con riesgo de desnucarle en cualquier momento.

—Quieto, macho —susurró—. Ya te decía yo que hay riesgo de naufragio.

Y lo lanzó por la borda.

El otro casi se traga la pipa al gritar:

—¡Hijo de zorra!

—¿No sabes nadar?

—¡Tengo reuma!

—¡Pues dale a los brazos, hombre! ¡A lo mejor te curas!

Y Kerrigan tomó el timón porque la lancha estaba dando alocadas vueltas. Luego apagó las luces de posición. Pronto no fueron más que una leve mancha en las negras aguas de la bahía de Chesapeake.

Pusieron rumbo hacia el sureste, hacia Port Republic.

Pero Kerrigan no contaba con que tenía un mal enemigo esta vez. No contaba con que el propio Closkey había llegado a la zona en un helicóptero de la policía.

Y que en este momento se encontraba materialmente sobre sus cabezas. Dirigiendo el cerco que se cerraba como un implacable anillo. Envolviéndolo en su círculo de muerte...

CAPÍTULO XI

PÓLVORA PARA TODOS

Closkey miró las aguas negras de la bahía y preguntó:

—¿Qué luces son aquéllas?

—Las de Fairbanks, señor.

—¿Eso queda en el extremo de la península?

—Desde luego.

Closkey escupió un maloliente puro que quedó casi enganchado en uno de los cristales de la cabina.

—¿Y los patrulleros de la policía? —masculló—. ¡No veo coches que se muevan! ¡No veo faros de ninguna clase! ¡No veo nada!

—Puede que estén llegando —murmuró un agente que sostenía una ametralladora montada en un trípode—. Hay bastantes árboles que pueden ocultar los faros.

—¿Pero está siendo barrida la zona?

—Palmo a palmo, señor. Sabemos que el secuestrador de Annabel Burman está ahí. Por lo tanto no vamos a dejar que se escape.

—De todos modos convendría que los patrulleros supiesen que voy llegando —barbotó Closkey—. Quiero darles órdenes de que tiren a matar incluso contra las sombras. Supongo que podemos hacer señales.

—Claro... Por ejemplo con una bengala luminosa. Tenemos bastantes.

—Pues lance una.

Instantes después se producía un chispazo y luego una inmensa masa de luz que descendió poco a poco hacia las aguas. Durante un par de minutos pareció como si estuviera amaneciendo. Luego la oscuridad volvió a enseñorearse de todo.

Pero ese par de minutos había bastado de sobras para que los ojos de Closkey se fijaran en el yate que navegaba justo debajo de ellos y no llevaba encendidas ninguna de las luces reglamentarias de situación.

—¿Qué significa eso? —barbotó Closkey—. Yo diría que alguien trata de huir sin que le vean desde la costa cercana.

Y enseguida añadió, mientras se tensaban sus facciones:

—¿Pero es posible que...? ¡Infiernos, claro que es posible! ¡Ese tipo es capaz de cualquier cosa! ¡Baje! ¡Quiero que se identifiquen los de ese yate o en caso contrario los aplastaremos como a chinches!

—Bien, señor.

El helicóptero empezó a descender. Closkey rugió:

—¡Otra bengala luminosa!

El agua quedó nuevamente iluminada como si fuera de día. Abajo, Kerrigan miró aprensivamente mientras susurraba:

—Creo que vamos a tener problemas.

Y dio un golpe brusco al timón.

Pero resultaba inútil. No podrían esquivar la vigilancia del helicóptero que estaba materialmente encima, Sentía el ruido de las aspas como el producido por un ventilador que casi les acariciara las cabezas.

El aparato se les situó un poco a la derecha. Desde allí podía batirles fácilmente la ametralladora situada en el trípode. El policía que se encargaba de manejarla tiró del cerrojo hacia atrás.

Una voz gritó desde la cabina, por medio de un megáfono eléctrico:

—¡Identifíquense! ¡Enciendan las luces de posición y salgan a cubierta con los brazos en alto o dispararemos!

Kerrigan no obedeció.

Hizo que la lancha diera otro terrible bandazo. La espuma dibujó en el agua una especie de elipse.

La voz del megáfono advirtió de nuevo:

—¡Por última vez! ¡Quietos o disparamos!

Pero Closkey no estaba para dilaciones. Closkey era el fulano de la acción directa, tuviese razón o no. Hizo al policía de la ametralladora una señal rabiosa para que abriera fuego.

—¡Qué revienten! ¡Dales de una vez!

La ráfaga produjo el efecto de una serie de bombas caídas sobre el yate. Éste escoró incluso, a causa de haber recibido todos los impactos en un costado. La muchacha lanzó un grito mientras se pegaba a un ángulo de la cabina.

Kerrigan masculló:

—Ese cerdo...

En efecto, el animal de Closkey no se daba cuenta de que podía matar a la misma testigo a la que buscaba. Pero tampoco Kerrigan estaba dispuesto a ceder.

La desigual pelea se planteaba entre dos obstinados, entre dos hombres dispuestos a llegar hasta el fin fuera como fuere.

Closkey gritó al piloto:

—¡Por el otro lado!

Pero la lancha ya había hecho una ése y se les escapaba hacia abajo. Por un momento la perdieron de vista, sin darse cuenta de que la tenían debajo mismo de la panza.

—¡Otra bengala!

El cárdeno resplandor lo iluminó todo como si fuese de día. La lancha salió disparada de debajo del helicóptero, como si acabase de nacer allí, para lanzarse igual que una flecha hacia los refugios de la costa.

Closkey rugió:

—¡Yo mismo manejaré la ametralladora! ¡Voy a acabar con él!

Desplazó al policía de un empujón y se puso él ante el tubo. La segunda ráfaga se debió oír hasta el otro lado de la bahía. Por debajo de la línea de flotación se abrieron una serie de impactos que en unos minutos llenarían de agua el yate. Éste volvió a escorar peligrosamente.

La muchacha gimió:

—Por favor... ¡Ríndete! ¡Nos van a acribillar a los dos!

Perro Kerrigan seguía siendo uno de esos hombres que no se entregan jamás, aun sabiendo que todo está perdido. Lo único que dijo por entre sus dientes apretados fue:

—Yo no tiro al agua millón y medio de dólares.

Y fue hacia el centro de la embarcación, que desde arriba debía verse apenas como una mancha, mientras que el helicóptero era bastante visible. Annabel Burman pensó que iba a hacer fuego con su «Magnum», pero Kerrigan no tocó el revólver. En lugar de eso

desamarró el palo de la vela.

Como otros yates deportivos, éste tenía un grueso palo abatible, dotado con una vela. En caso de avería en los motores o en caso de querer disfrutar de una conducción auténticamente marinera, se podía así navegar como en los viejos tiempos. El palo era muy sólido, hecho con acero y madera de teca, y tenía un grosor considerable. Se podía alzar con mucha facilidad y quedaba afianzado por medio de unas tuercas.

Eso fue lo que hizo Kerrigan, obrando con la rapidez de un auténtico patrón. Parecía como si no hubiese hecho otra cosa en su vida. El palo se alzó como la punta de una navaja entre las sombras de la noche.

En ese momento el helicóptero se les lanzaba encima otra vez.

Closkey gritaba:

—¡Ahora! ¡Acércate más, piloto de las narices! ¡Los deshago a todos, maldita sea! ¡Los trituro! ¡Haré mondadientes de sus huesos!

De pronto sintió un terrible bandazo, justo cuando iban a posarse encima mismo del yate y a muy poca altura. En el primer momento Closkey no entendió qué era lo que estaba pasando encima de su cabeza.

Pero era como si hubieran chocado con algo.

Con algo invisible.

¡Y como si las aspas de la hélice se partieran en pedazos!

El piloto aulló:

—¡Hemos chocado con el palo de la nave!

También el palo se había roto, pero de las aspas sólo una funcionaba después de los terribles impactos. El helicóptero, que ya casi rozaba el agua, empezó a sufrir terribles sacudidas.

Closkey, sin querer admitir lo que ocurría, y echando como siempre la culpa a los otros, aulló mirando al piloto:

—¡Pero enderézalo, idiota! ¡No sirves ni para pilotar esto!

Le dio un empujón y se lanzó él sobre los mandos, con lo cual acabó de arreglar la cosa. El helicóptero se hundió en el agua, a pocos pasos del yate, levantando una ola que por poco hace zozobrar a éste.

Closkey se cubrió de gloria. Aquello pareció el naufragio del *Titanic*.

Pero Kerrigan ya contaba con ello. Manejó el timón hábilmente

y salió en un segundo de la zona peligrosa. Luego dio toda la fuerza a los motores, enviando un chorro de espuma contra los hombres que ya hacían emerger sus cabezas.

Closkey aulló:

—¡Maldito hijo de perra! ¡Glub, glub, glub, glub...!

Kerrigan calculó que a duras penas, achicando agua, conseguirían llegar hasta la orilla, pero tenía que probarlo. Dio gas mientras decía a la muchacha:

—¡Maneja la bomba!

La bomba de desagüe funcionaba sólo a medias, pero pudieron alcanzar las rocas sin llegar a hundirse. El yate y ellos saltaron a una diminuta playa que existe entre dos peñascos.

Lo curioso era que, a pesar de su aventura, no tenían mal aspecto. Incluso apenas estaban mojados. Annabel Burman se pasó una mano por los cabellos con gesto de incredulidad mientras susurraba:

—Has logrado escapar de ésta, pero no escaparás de la próxima, Kerrigan. Estamos rodeados. Te será absolutamente imposible llegar al extremo de la península.

Él sonrió.

Se puso con la mayor calma del mundo un cigarrillo en los labios.

—Hay un sistema —dijo.

—¿Cuál?

—El más sencillo del mundo.

Y, sin preocuparse de lo que no fuera aspirar el humo de su cigarrillo, volvió al embarcadero, donde se amontonaba la gente. Un par de policías estaban ya allí, pero se sentían incapaces de controlar nada. Los habitantes de la pequeña localidad habían oído el tiroteo y luego creyeron ver algo parecido a un avión hundiéndose en el agua. La reacción fue inmediata.

—¡Hay que salvarlos!

—¡Vamos allá!

Casi todos los que tenían yates disponibles los pusieron en funcionamiento para dirigirse al mismo sitio. Kerrigan subió tranquilamente en uno en el que ya iban dos hombres. Annabel, como hipnotizada, le siguió.

—Yo he visto el sitio exacto en que han caído porque estaba en

una zona más alta —dijo con voz convincente—. Puedo guiarles hacia dónde están esos hombres.

—¿Cree que alguno de ellos se habrá ahogado?

—Oh, estoy seguro de que no. Todos eran jóvenes y además el agua no forma remolinos aquí. Pero habrá que sacarlos o les costará mucho llegar a nado a la costa.

—¿Cómo sabe usted que todos eran jóvenes?

—Porque les he visto despegar —dijo Kerrigan, dándose cuenta de que acababa de cometer un error—. Incluso un par de ellos eran amigos míos. Por eso tengo tanto interés en que se salven.

—Pues vamos allá. Guíenos.

—Por lo pronto hay que bordear el acantilado —dijo Kerrigan—. Y moverse aprisa.

Los dos hombres del yate, que parecían ser hermanos, tenían el mayor interés en aquel salvamento, quizá porque ello representaba una aventura que les interesaba y les daría nombradla entre los miembros del club. Inmediatamente se dirigieron hacia el sitio señalado por Kerrigan.

Éste arrojó los restos del cigarrillo.

El yate era bueno. Tan bueno al menos como el que acaba de dejar varado en la cercana playa.

Dos motores nuevos y con rugido de fieras hambrientas. Radio. Un perfecto sistema de señales. Camarotes para cuatro personas.

Era más de lo que podía soñar.

—Amigos... —dijo.

Los dos hombres se volvieron al mismo tiempo, aunque el que llevaba el timón no dejó de prestar atención a la maniobra.

—¿Qué...?

—Estamos cerca de la costa.

—Ya lo vemos.

—Ustedes saben nadar...

—Hombre, claro.

—Por lo tanto no van a correr demasiado peligro. En lo que a mi concierne sólo quiero desearles... ¡buen viaje!

Y disparó sus dos puños casi simultáneamente. Los impactos fueron de una precisión y una contundencia casi mortíferas.

Primero se ocupó del que estaba junto a la borda.

Lo envió al agua con una vuelta de campana.

Luego se encargó del hombre del timón.

Todo eso en menos de tres segundos. El individuo también saltó mientras lanzaba una serie de gruesas maldiciones que el agua se encargó de silenciar.

Kerrigan se hizo cargo del timón y se apartó de la ruta que iban a seguir las otras embarcaciones. En un par de minutos se hubieron alejado lo bastante como para no ser vistos desde la costa.

Annabel había puesto los brazos en jarras y le contemplaba con una mezcla de admiración y de miedo. Al fin, como si las fuerzas le fallaran, se dejó caer en uno de los asientos de la cabina, cerca del timón, mientras decía:

—Nunca creí que lograras salir de ésta.

—Y saldré de las otras. Cuando yo trabajo por millón y medio de dólares, hago las cosas bien.

—Pues hasta ahora no parece que las negociaciones hayan marchado...

—Tratan de capturarme antes de que la situación internacional llegue a ser demasiado grave, pero pronto no les va a quedar más remedio que capitular. El tiempo trabaja en contra suya. Cuando dentro de unas horas salgan a la calle las primeras ediciones de los periódicos, va a desatarse el escándalo.

—¿Qué piensas hacer desde este momento?

—Muy sencillo: buscar un sitio oculto y un teléfono desde el que pueda negociar por última vez. Ahora tendrán que pagar si quieren tenerte en sus manos y hacerte servir como testigo. No habrá más conversaciones ni más aplazamientos.

Ella hundió la cabeza. Sabía que no iba a poder hacer nada mientras estuviera en manos de aquel hombre que parecía tener recursos para todo. Permaneció quieta mientras la rápida lancha iba en dirección al oeste, encaminándose al pequeño puerto de Fair Hayen.

Nadie les seguía, puesto que todo el mundo estaba ocupado ahora en la salvación de los ocupantes del helicóptero, bastantes millas atrás.

Kerrigan dejó que la embarcación embarrancara en una pedregosa playa y saltó a tierra con la muchacha. Como el mar estaba muy tranquilo dentro de la bahía, no había peligro de que las olas destrozaran la preciosa nave. Se dirigieron a pie, alumbrados

sólo por la luz de las estrellas, hasta la autopista número 4, que lleva directamente a Washington a través de Suitland.

Un restaurante al borde del camino les saludó con sus alegres guiños. A través de las ventanas se distinguía a las parejas que cenaban y bailaban en el interior. Muchas de ellas debían ser matrimonios, otras no tanto. Pero lo importante para Kerrigan eran los coches que se alineaban en los aparcamientos sin un maldito gorila que los vigilase.

Kerrigan eligió un «Thunderbird».

No era demasiado nuevo y por eso mismo no llamaría la atención. Hizo un «puente» y en menos de cinco minutos consiguió que arrancara. Sin que Annabel hubiese roto el silencio rodaron hacia la capital.

Precisamente era el único sitio donde nadie les buscaría. El único sitio al que la policía no creería jamás que habían tenido la audacia de meterse.

Kerrigan podría considerarse a salvo allí, al menos durante unas horas. Y como unas horas eran todo lo que necesitaba, Annabel Burman pensó que, al final, la policía no conseguiría echarle el guante.

Pero ninguno de los dos contaba con los servicios de información de Paxton.

El brazo de Paxton era mucho más largo que el brazo de la ley.

Y cien hilos invisibles se movían ahora silenciosamente. Cien flechas señalaban hacia un solo punto: el paradero del hombre que tenía que morir.

Paxton dio un golpe en cierta parte carnosa de la espalda de su secretaria y dijo con voz ronca:

—¿No ves que suena el teléfono privado, idiota? ¿A qué esperas para dármele?

Ella se lo tendió sumisamente. El teléfono privado tenía color escarlata y Paxton había estado pendiente de él en las últimas horas. Todos los distribuidores de droga, todos los espías, todos los mercachifles, los conductores y las mujeres que trabajaban para él formaban un cuerpo de observación mucho más eficaz que el de la policía y minuto a minuto le habían estado informando de los acontecimientos.

Por supuesto que Paxton se había enterado ya de la muerte de

sus hombres en el hotel. Por supuesto que ello le había hecho sufrir un ataque de rabia, dando órdenes tajantes e implacables para que Kerrigan y la chica no fueran más que sucios cadáveres al amanecer siguiente. Luego se había hundido en una especie de postración, y como para las postraciones no conocía mejor medio que las chicas, había dedicado sus atenciones a aquella maravillosa secretaria de diecinueve años.

Pero ahora la tensión volvió a él. Su rostro se crispó. El que le informaba era Reston, su jefe de distribución en la zona de Chesapeake, un hombre listo como un zorro y que conocía hasta los más mínimos detalles de su sector, un tipo capaz de saber si en un club de la cadena alguien había cambiado un cenicero de sitio sin su permiso. Ni un solo dato se le podía escapar.

Reston murmuró:

—La muerte de aquellos imbéciles ya la conoce, jefe. Sobre eso no vamos a hablar, ¿verdad?

—Claro que la conozco. Y me han informado también de que Kerrigan había robado un yate con el que trataba de huir.

—Bueno, pues lo del yate no le ha salido bien a la primera, pero sí a la segunda. Ha logrado abatir un helicóptero de la policía y luego largarse hacía, el puerto de Fair Haven. Al menos hemos podido identificar una embarcación embarrancada cerca de la autopista número 4.

—Tiene que ser él...

—Claro que tiene que ser él. Y ahora acaba de telefonarme Risco, que distribuye mandanga en uno de los restaurantes del área de servicio de la autopista. Uno de los clientes se queja de que le han robado un «Thunderbird» rojo. Demasiada casualidad, ¿no cree? Esos dos tipos desembarcan cerca de la autopista y a continuación desaparece un coche. Estoy seguro de que son ellos los que van en el «Thunderbird» rojo y estoy seguro además de que se dirigen hacia Washington.

—¡Pero ese fulano está loco! ¡Se va a meter en la boca del lobo...!

—Imagino que él sabe muy bien dónde se mete, jefe. —Gruñó Reston—. Da por supuesto que le buscarán en todas partes menos allí. Pero en todo caso hay que obrar enseguida, antes de que se esconda en la capital y antes de que la policía de con su pista.

Paxton murmuró:

—Houston y Wallace, ¿están en Washington?

—Claro que sí.

—¿Tienen sus camiones disponibles?

—Por supuesto, jefe.

—Diles que intercepten la autopista. No me importan las consecuencias. Tienen que cortar el paso al «Thunderbird». Ellos ya saben cómo hacer las maniobras puesto que las han hecho otras veces. Háblales de mi parte.

—De acuerdo, señor Paxton.

—Otra cosa...

—¿Debo movilizar a alguien más?

—Naturalmente. Dentro de cada camión tiene que haber tres hombres armados con ametralladoras. Quiero que el coche sea una bola de fuego antes de una hora. Deben tirar a matar sin contemplaciones, sea contra quien fuere. Y no quiero que actúen sólo ellos, sino también los «Rocking».

—Puedo localizarles enseguida, señor Paxton.

—Pues ponlos en movimiento... Diles solamente a quién tienen que matar. Lo demás es cuenta suya.

Y colgó.

Se sentía descansado, tranquilo, satisfecho... Ahora las cosas no podían fallar. Houston y Wallace disponían de camiones pesados en los cuales habían transportado droga camuflada muchas veces. En cuanto a los «Rocking»...

Paxton dijo a su secretaria:

—Ven aquí.

Le hizo otra caricia procaz mientras ella disimulaba lo mejor posible, mirando hacia otro sitio, su mueca de asco.

—Que preparen mi avioneta —dijo Paxton al cabo de unos instantes—. Yo mismo quiero ver cómo revientan esos tipos. Y para cuando vuelva prepárate, muñeca. Puede que tenga ganas de divertirme...

El «Thunderbird», el llamado «pájaro del trueno», un coche que cuando apareció en el mercado llamó la atención por sus excepcionales prestaciones, rodaba por la autopista bordeando la velocidad prohibida, pero sin sobrepasarla nunca. Kerrigan no estaba dispuesto a que algún patrullero les detuviese por ese

motivo, pese a que no notaba ninguna vigilancia especial, sin duda porque nadie podía suponer que los fugitivos se estaban dirigiendo a Washington.

Había poco tráfico a aquella hora.

De vez en cuando adelantaban a algún camión, especialmente los famosos «Mack» con la cabeza del *bulldog* sobre la tapa del radiador. Los restaurantes y hoteles junto a la ruta estaban silenciosos. Todo indicaba que iban a tener un viaje sin contratiempos hasta llegar a la capital.

Kerrigan sentía que sus nervios se relajaban.

Musitó:

—Hay algo que nunca he acabado de entender bien, Annabel. Claro que en realidad no afecta para nada a mi negocio, de modo que si no quieres no me contestes.

Ella se encogió de hombros.

—Es igual —dijo, mientras prendía un cigarrillo en el encendedor eléctrico—. Hay momentos en que el silencio también me molesta. ¿Qué quieres saber?

—Tú puedes acusar a Paxton, ¿verdad? Eres la única persona capaz de hacerlo.

—Sí, soy la única.

—¿Qué es lo que viste?

—Incendió premeditadamente una casa donde había varias muchachas. Todas murieron. Fue el asesino múltiple más sucio, más abyecto, más miserable, más rastrero que he conocido. Sólo por eso Paxton tiene que ir a parar a manos del verdugo o tiene que ir a la cárcel toda su vida.

—Comprendo perfectamente tus sentimientos. No creas que a mí no me cae gordo el tío. Pero esas chicas, ¿qué eran? ¿Qué pasaba en aquella casa?

—Imagínalo. Sólo te diré que se ganaba el dinero a espuestas.

Kerrigan tragó saliva.

—Lo imaginaba.

Con una voz totalmente sin matices preguntó:

—Y si tanto dinero le proporcionaban, ¿por qué acabó con ellas?

—Porque las reacciones de aquellas muchachas, las cuales, además, eran toxicómanos, resultaban imprevisibles. De pronto una de esas chicas se sintió dominada por el horror de su propia

situación, cuando supo, cuando adivinó que acabaría podrida por los venenos que tomaba y que cualquier noche despacharían su cadáver por la tapa de una alcantarilla. Fue con el cuento a la policía y eso significó el fin de todas. Cuando la chica regresó a la casa, antes de que la policía iniciara realmente una investigación, Paxton dio orden de quemarla viva. Tenía que parecer un accidente que al mismo tiempo enseñase «modales» a todas las demás, pero las cosas salieron de su cauce. El incendio fue mucho mayor de lo que Paxton imaginaba. El local se convirtió en una pira funeraria y murieron todas las otras muchachas. Paxton ordenó echar tierra al asunto, y lo hubiera conseguido... de no estar yo enterada de todo lo que pasó.

Kerrigan se estremeció un momento. Sus manos vibraron sobre el volante casi imperceptiblemente.

Y preguntó con aquella voz sin matices:

—Tú, ¿cómo lo sabías?

—Porque esa muchacha me telefoneó ante testigos antes de morir. Y porque me escribió una última carta. Era... era mi hermana.

Kerrigan hundió la cabeza.

Por un momento pareció abatido. Dejó de mirar incluso a la carretera, como si nada de lo que tenía en su futuro le importase ya nada.

Como si fuese un hombre distinto.

Pero eso no le impidió ver a los dos camiones.

A aquellas dos pesadas moles que se habían cruzado en la ruta.

CAPÍTULO XII

EL OSCURO FESTIVAL DE LA SANGRE

Houston y Wallace habían visto perfectamente el coche mientras venían en dirección contraria, es decir de Washington hacia la costa. Además no podían equivocarse por una sencilla razón: la avioneta de Paxton, sobrevolando la autopista, les había dado por radio la situación exacta.

Los dos rompieron la valla protectora con las poderosas moles de sus «trucks» y se cruzaron en los carrales que llevaban a Washington. Cuando Kerrigan los vio los tenía apenas a cien yardas.

Lanzó una salvaje imprecación.

Puso pie al freno mientras desembragaba. El «Thunderbird» patinó en la resbaladiza pista y quedó en posición mientras Wallace y Houston gritaban al mismo tiempo:

—¡Ahora!

Las lonas que cubrían los camiones se alzaron por su parte posterior. Tres hombres aparecieron en cada uno de ellos.

Se pusieron a disparar rabiosamente con sus metralletas.

El coche rojo quedó convertido en un auténtico colador, en un pedazo de chatarra humeante que al instante se transformó en una bola de fuego.

El depósito de gasolina acababa de estallar.

Las llamas cruzaron toda la autopista, formando en ésta una barrera de muerte.

Wallace gritó:

—¡Les hemos dado, muchachos! ¡Les hemos dado a esos condenados perros!

La bala le penetró por la boca. La había abierto demasiado. Ya dicen los médicos que no es sano abrir tanto las fauces.

Si imaginaba que Kerrigan era tan novato como para quedarse dentro de un coche al que dos camiones pesados interceptan el camino, estaba bien listo. Kerrigan y la muchacha habían saltado uno por cada puerta, deslizándose hacia la parte posterior del «Thunderbird».

Todo lo demás resultó más rápido aún.

El joven saltó hacia la valla protectora.

Allí resultaba invisible a causa del humo y las llamas que lo envolvían todo. Pero en cambio Wallace, asomado a la cabina y gritando entusiasmado, era demasiado visible para el revólver pesado de Kerrigan.

Le envió una sola bala. La que le atravesó la boca.

Fue suficiente.

Kerrigan masculló entonces:

—Quédate aquí, Annabel. Y no trates de huir porque será peor para ti si caes en manos de esos cerdos de Paxton.

Corrió hacia el camión, siempre amparado por la valla protectora. Los de las metralletas ya no disparaban y se limitaban a ver el fantástico espectáculo de las llamas, convencidos de que estaban asando vivos a sus enemigos en aquella pira funeraria.

Kerrigan llegó a verlos muy bien.

Sonrió.

En sus ojos inexpresivos había una llamita de desdén cuando apretó el gatillo suavemente.

Apenas imprimió un leve giro a su muñeca después de cada disparo.

Los tres hombres cayeron casi a la vez, como si tuvieran un solo cuerpo. La más absoluta expresión de asombro quedó cristalizada en sus rostros. Incluso, en el momento de morir, creyeron que eran los propios compinches quienes les asesinaban para eliminar testigos.

Quedaron formando una piña en la caja del camión. Los tres tenían los orificios de las balas exactamente en el mismo sitio: un poco por encima de las orejas.

Kerrigan parecía haber aprendido el difícil arte de matar en serie.

Corrió sin prisas hacia el camión donde ya no tenía enemigos, siempre medio oculto por la cortina de humo. Tomó la metralleta

de uno de los muertos, que había caído al asfalto, y subió a la cabina. De un puntapié arrojó fuera el cadáver de Wallace.

Houston vio que el otro camión se movía.

Asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Eh, Vallace! ¿Es que te largas ya?

Kerrigan dijo con una estrecha sonrisa:

—No, compadre. *Te largas tú.*

Y disparó con la metralleta apenas a cuatro yardas de distancia.

La cara de Houston fue una máscara de asombro en los últimos segundos, pero aquella máscara se partió en cien pedazos. Las balas le habían alcanzado de lleno. Su cara se transformó en una serie alucinante de líneas rojas.

Los tres individuos con las metralletas aún estaban en la parte de atrás.

Uno de ellos gritó:

—¿Pero qué pasa...?

Kerrigan ya estaba haciendo maniobrar el camión. Colocó el enorme morro ante los tres asesinos.

Éstos hubiesen podido reaccionar antes, con lo que quizá se hubiesen salvado, pero hasta el último segundo creyeron que era Wallace quién manejaba aquella mole. E incluso al ver a Kerrigan en la cabina tuvieron un momento de indecisión por una razón elemental: no le conocían.

Eso permitió a Kerrigan tomar la iniciativa.

Una iniciativa que iba a durar solamente unos segundos. Con la rapidez de tiro de las metralletas, no se necesitaba más.

Disparó a través del parabrisas, convirtiéndolo en finísimo polvo. Las balas fueron como un trueno hacia los tres hombres situados apenas cinco yardas, y que miraban la mole del camión como si estuviesen ante una pesadilla.

Los convirtió en tres piltrafas.

Kerrigan había vaciado todo el cargador.

Sin darse prisa, bajó.

Tomó otra de las metralletas y volvió a subir al camión. Mientras tanto, desde la avioneta de Paxton se habían dado cuenta ya de que algo extraño sucedía. Incluso debieron ver los cadáveres colgando como racimos en uno de los camiones.

Hizo dos rápidas pasadas. Los cuatro motoristas que aguardaban

cerca de la ruta, en un desnivel, se pusieron entonces en movimiento.

Con ellos, con el poderoso rugido de sus máquinas, pareció avanzar la muerte.

CAPÍTULO XIII

VOLAD, VOLAD, HERMANOS

Kerrigan no los vio hasta el último segundo, hasta que de pronto aparecieron por la línea de humo que bordeaba la autopista. Avanzaron hacia él como cuatro flechas lanzadas, como cuatro jinetes montados en auténticas balas.

Sus máquinas eran de lo más poderoso que se construye hoy en el mundo. Eran «Laverda 1000». Sus ropas de cuero y sus cascos aerodinámicos los convertían en una especie de seres fantasmales. Cada uno de ellos conducía con una sola mano mientras en la otra empuñaba una granada.

Los «Rocks» estaban en movimiento.

Habían ayudado a Paxton muchas veces, lo mismo en persecuciones por rutas difíciles que en ejecuciones sumarias. También habían transportado droga en sus depósitos de gasolina, llevándola en condiciones inimaginables de un lado a otro del país.

Ahora iban a realizar un trabajo definitivo.

Las cuatro granadas salieron de sus manos a la vez.

Formaron un racimo de muerte.

Pero Kerrigan ya se había dado cuenta de que aquellas víboras conducían con una sola mano, lo cual indicaba que necesitaban tener libre la otra. Sus pensamientos fueron más rápidos que las poderosas «Laverda». Saltó de la cabina, rodando por entre las ruedas de los camiones, mientras las granadas llegaban a su destino.

El primero de los enormes *trucks* estalló.

Se convirtió en una bola de fuego que llenaba la autopista entera.

Dos coches que llegaban en dirección contraria saltaron la valla de protección. Otro se fue a cien por hora por un desnivel de la

izquierda.

El otro camión estalló también unos segundos después, puesto que estaba casi junto al primero.

Kerrigan ya había rodado varias yardas sobre sí mismo, con la agilidad de una serpiente, y estaba en la zona de hierba que separaba los carriles cuando una masa de gasolina ardiendo vino hacia él.

Todo dependía ahora de su agilidad, y él lo sabía. Ni durante una fracción de segundo se entretuvo en mirar aquella masa ígnea y mortal que avanzaba hacia él, cosa que quizá hubiese dejado paralizado a cualquier otro. Saltó y corrió cien yardas en un tiempo récord, a una velocidad que hubiese hecho palidecer a más de Un entrenador de las olimpiadas.

Impedir que le vieran era relativamente fácil, pues el humo y las llamas lo cubrían todo. Pero en cambio él podía ver las siluetas fantasmales de los «Rocks» disponiéndose a saltar la valla protectora de la autopista para meterse en los otros carriles en dirección a aquélla por la que habían venido.

Puso rodilla en tierra.

Preparó la metralleta.

Sus movimientos resultaban tranquilos, metódicos, como si se tratara de una máquina que trabajaba sin prisas.

La primera máquina saltó.

Parecía un enorme pájaro rojo y negro que sobrevolara la autopista.

Un pájaro del infierno que se confundió con el humo.

Las dos balas pulverizaron el casco e hicieron que la cabeza de su dueño casi se separara del tronco. La tremenda «Laverda» patinó. Su conductor fue a parar hecho un guiñapo al otro lado de la autopista.

Volaron las otras dos.

Sus conductores no se habían dado cuenta de nada.

Kerrigan disparó una ráfaga alucinante, haciendo patinar las balas por el borde mismo de la valla protectora. Los dos individuos quedaron materialmente partidos por la mitad. No se dieron cuenta de que morían cuando se estrellaron aparatosamente contra un camión parado en el lado opuesto. El depósito de una de las «Laverda» estalló y se convirtió en una tea.

Pero el último motorista se había dado cuenta de lo que sucedía. Volaba materialmente hacia Kerrigan mientras en su izquierda preparaba una nueva granada.

La pericia de aquel piloto era asombrosa.

Conducía entre las llamas, esquivando las explosiones y avanzando como una bala.

Kerrigan se dio cuenta de que había agotado el nuevo cargador. Sus dientes chirriaron mientras una mueca de desesperación aparecía por unos instantes en su boca.

Pero no por eso perdió el control de sus nervios. No le quedaba materialmente tiempo para nada, pero su incertidumbre duró apenas un par de segundos. Y entonces hizo algo que nadie esperaba: en lugar de agazaparse o tratar de huir... ¡avanzó!

El motorista lanzó la granada.

Había calculado bien las distancias, y sin embargo, las cosas no marchaban como él imaginaba. La extraña conducta de Kerrigan, viniendo hacia él, hizo que la bomba estallase bastante atrás de donde el joven estaba unos segundos antes. Todo un pedazo de valla saltó por los aires.

Pero el duelo seguía. Ahora el hombre y la máquina avanzaban meteóricamente, una contra otro. Dio la sensación de dos enemigos que se iban a encontrar en una carga a la bayoneta, pero Kerrigan no llevaba bayoneta, sino una metralleta que no disparaba, mientras que su enemigo llevaba casco y montaba una de las máquinas más poderosas de nuestro tiempo.

El rugido del motor llenaba el aire.

Un choque frontal contra Kerrigan convertiría a éste en un pingajo.

Pero sin embargo, durante unos segundos que parecieron interminables, Kerrigan siguió avanzando. Sólo en el último instante, cuando la máquina ya estaba materialmente sobre él, se hizo a un lado. El cañón de la metralleta quedó a su derecha, a la altura de las rodillas.

Se oyó un... *Tlaaaaaanc* brutal, casi alucinante.

El cañón de la metralleta se había roto, pero también se habían roto los radios de la rueda delantera de la «Laverda». Con pedazos de acero incrustados por todas partes, la rueda delantera de la moto perdió el control. La «Laverda» voló materialmente por los aires

mientras el último de los «Rocks» emprendía un vuelo alucinante y trágico, un auténtico vuelo hacia el más allá.

Kerrigan no perdió tiempo en verle caer. La avioneta volaba tan bajo que en cualquier momento podían verle. Y eso significaba que le ametrillarían fácilmente desde las alturas, sin que pudiera ocultarse en ningún sitio.

Por eso se hundió materialmente en las llamas, entre los camiones, buscando dos cosas: la primera, quedar oculto; la segunda, hacerse con la metralleta de otro de los muertos.

Lo consiguió cuando ya estaba a punto de caer desvanecido por el calor y el humo asfixiante. Una de las armas había caído a cierta distancia, por lo que aún estaba en situación de servir, aunque sus mecanismos abrasaban.

Kerrigan la sujetó cómo pudo mientras volvía a ponerse rodilla en tierra en el centro de la autopista.

Tenía a su espalda las llamas.

Y delante... ¡la avioneta que venía en vuelo rasante!

Paxton, sentado junto al piloto, lo reconoció fácilmente a pesar del humo y a pesar de lo dantesco de la escena. Con voz rabiosa aulló:

—¡Dale! ¡Está allí! ¡Dale, maldito!

Los dedos del piloto oprimieron un botón situado sobre la palanca del timón.

Aquella avioneta era un auténtico aparato de guerra.

Las balas picotearon el asfalto como abejorros enfurecidos, avanzando en línea recta, a una velocidad alucinante, hacia el cuerpo de Kerrigan, que aguardaba inmóvil con su arma también dispuesta.

Hizo fuego.

Aquel pájaro de acero era un blanco fácil.

Venía hacia él sin hacer ninguna maniobra para esquivar las balas, pues el piloto había menospreciado al enemigo que le aguardaba en la carretera; Y además tenía una sola orden repetida hasta la saciedad: matar, matar... ¡matar!

Las balas del pájaro de acero avanzaban meteóricamente hacia Kerrigan, que seguía quieto y vaciando el cargador sin que su pulso temblase una milésima de pulgada. El individuo al que apuntaba era un hombre muerto, puesto que la ráfaga llegaría hasta él.

Y eso era lo único que veía el piloto de la avioneta: que iba a matarlo.

Pero el que creyese que Kerrigan obraba locamente, no le conocía. Kerrigan, incluso en las situaciones más desesperadas, calculaba las cosas, y ahora las había calculado también. Delante de él cruzada en el asfalto, estaba la chatarra del «Thunderbird» humeante en el que habían viajado Annabel Burman y él. Aquella chatarra frenaría las balas, sirviendo de pantalla para Kerrigan unas fracciones de segundo. Luego, según había calculado, el ángulo de vuelo del avión haría que las siguientes balas ya fuesen más atrás. El cuerpo del joven quedaría en una especie de ángulo muerto.

Pero cuando vio que la poderosa ráfaga de plomo hacía saltar por los aires lo que quedaba del coche, comprendió que se había equivocado. La estela de balas le alcanzaría también a él. Siguió disparando, sin embargo, hasta agotar el cargador, sabiendo que clavaba cada plomo en el corazón de la avioneta. Todo aquello duró tres segundos que parecieron angustiosos, interminables, suspendidos en el tiempo. Luego Kerrigan soltó la metralleta y rodó sobre sí mismo hacia la derecha. El asfalto saltó en mil pedazos justo en el sitio donde un par de segundos antes estaba él.

La avioneta siguió vuelo. Tenía la carlinga destrozada, pero el piloto y Paxton seguían vivos. Paxton, lívido de rabia, aulló:

—¡Vuelve! ¡Aún está vivo! ¡Tienes que volver, maldito!

El piloto movió hacia la izquierda el timón. Iba a dar otra pasada. La avioneta trazó un elegante giro por encima de aquel infierno.

Pero de pronto, en sólo un parpadeo, todo cambió. La sacudida que recibió la avioneta proyectó a los de hombres fuera de sus asientos. De no ser por los cinturones de seguridad habrían salido lanzados. Una espesa cortina de humo empezó a inundar la carlinga entera.

Paxton aulló:

—¡Gana altura! ¡Hay que aterrizar allí! ¡Llega junto al bosque y estaremos salvados!

En efecto, había a la derecha una extensa zona donde la avioneta podía tomar tierra sin peligro. Pero para eso necesitaban ganar altura a fin de maniobrar. Tampoco podían lanzarse en paracaídas porque estaban a tan poca distancia del suelo que no se

abrirían los aparatos.

El piloto tiró hacia atrás del timón con todas sus fuerzas.

Desesperadamente intentó hacer que la avioneta ganase altura, pero sólo consiguió hacerla patinar hacia la izquierda. Una de las alas, a punto de desprenderse, no respondía.

Vieron que bajaba hacia las llamas como el que se desliza por una pendiente al final de la cual está el infierno.

La tempestad de fuego rugía ante sus ojos. La autopista entera era un mar llameante en el que iban a hundirse.

Paxton lanzó un alarido inhumano:

—¡Sube! ¡Sube, maldito! ¡Arriba...!

Pero el piloto ya no podía obedecerle. Miraba como obsesionado aquel infierno en el cual estaban entrando ya. Parecía haber muerto. Sus músculos no le obedecían. Sus ojos estaban desencajados.

Paxton intentó mover la palanca él, pero ya no tuvo tiempo. Tampoco el avión le hubiera respondido.

Tuvo, de pronto, una curiosa y absurda sensación: la de que todo aquello era sólo una gran, pantalla de cinerama. La de que las llamas le rodeaban por todas partes, pero sin ver verdad...

El fuego penetró entonces hasta sus ojos.

Llegó hasta su boca.

El alarido de Paxton se mezcló al fragor horrísono de la explosión del tanque de gasolina. Todo saltó por los aires. Más tarde la policía tendría que emplear perros especializados para encontrar los pedazos de los huesos de aquel hombre.

Kerrigan se pasó un momento la derecha por los ojos.

Parecía muy cansado, y no era para menos. Los pulmones le abrasaban: Había tragado tanto humo que cualquier hombre, en su lugar, ya estaría sin sentido en tierra.

Avanzó poco a poco hacia Annabel Burman, que le miraba desde un lado de la valla protectora. Todo aquello le parecía aún un sueño del que no acababa de despertar. Con voz que reflejaba incredulidad musitó:

—Y ahora, ¿crees que podremos seguir sin llamar la atención? ¿Crees que podremos seguir huyendo?

—No —dijo Kerrigan tristemente—. Todas las cosas tienen su fin, hermana. Ya no podremos seguir. Ya no...

Porque, en efecto, se acercaba un patrullero con un aullido ensordecedor de sirenas. Por un lado del patrullero asomaba una metralleta. Por el otro, la cabeza rabiosa de Closkey.

Kerrigan no hubiera sabido decir cuál de las dos cosas era más temible en aquel momento.

Con un gesto de cansancio y sin que la sonrisa se borrara de sus labios, puso los brazos en alto.

CAPÍTULO XIV

K.O.

Los cuarteles generales de la policía de Columbia, en Washington, estaban en plena efervescencia. Los mensajeros entraban y salían. Todos los jefes superiores se encontraban en sus despachos a pesar de lo intempestivo de la hora. Los policías de servicio ocupaban rigurosamente sus puestos. Los honorables miembros de la policía femenina auxiliar andaban tan excitados que se habían olvidado incluso de sentarse enseñando las piernas.

Una auténtica hilera de agentes, orgullosamente capitaneados por Closkey, conducía a Kerrigan y Annabel por las galerías de servicio, hasta el despacho principal. Kerrigan estaba detenido, pero Annabel daba la sensación de estarlo también, pues avanzaba junto a él fuertemente escoltada. De todos modos sabía que la liberarían en cuanto entrara en el despacho. Sabía que su pesadilla había terminado.

Veía las puertas vidrieras como en una lejana película gris. Veía los rostros impasibles. Veía el pasillo a cuyo extremo estaba el final de su aventura.

Y sin embargo, no sentía la menor satisfacción. Sin embargo, no estaba alegre en absoluto.

Miró a Kerrigan.

El rostro de éste también se mostraba impasible.

Con voz velada, ella musitó:

—Lo... lo siento.

—¿Por qué?

En los labios del hombre flotaba una leve, una lejana sonrisa.

—Quizá esto signifique para ti una celda a perpetuidad. Y yo... bueno, no sé cómo decirlo... La verdad es que ya me había

acostumbrado a ti. La verdad es que sé que no encontraré un hombre igual en todo lo que me queda de vida.

Y hundió la cabeza.

No podía evitarlo.

Había lágrimas en sus ojos.

Aquella puerta elegante que iban a atravesar, aquella puerta tras la que estaba el fin de la carrera de Kerrigan, estaba también el fin de su vida.

Algo rompía su garganta.

Le impedía casi respirar.

La puerta se abrió.

Era el fin... El fin de algo que ella nunca pudo imaginar. El fin de una aventura diabólica que, sin embargo, había sido increíblemente hermosa.

Norbert, el jefe de los servicios de seguridad del Congreso, estaba allí. Vino hacia Kerrigan.

Avanzaba tan decidido que parecía como si quisiera abofetearle.

Pero entonces sucedió lo increíble.

Algo que Annabel Burman tuvo la sensación de que no entendería nunca.

Norbert, con una sonrisa, estrechó la mano a Kerrigan.

Igual hizo el jefe superior de la policía de Columbia.

Otros funcionarios de menor categoría, pero todos con altos cargos federales, estrecharon también la mano de Kerrigan.

—Magnífico, muchacho...

—Un gran trabajo.

—Ya sabíamos que no nos equivocábamos al designarte a ti.

—Te has comportado como el mismísimo diablo.

—Has liquidado a Paxton, ahorrando trabajo al tribunal. Todos sabíamos quién era Paxton. Todos sabíamos que sólo un hombre como tú podía obligarle a quitarse la máscara.

El propio Norbert le ofreció un cigarrillo. Luego dijo, mientras le palmeaba la espalda:

—Pero lo más importante ha sido esto, muchacho, has evitado que Paxton liquidara a Annabel Burman. Por los sistemas normales no hubiésemos logrado protegerla.

Y añadió mientras él encendía también un cigarrillo:

—Sospechábamos que Huang Ching, el enviado personal de

Mao, no sólo intentaría entablar buenas relaciones políticas, sino que, además, nos facilitaría la relación de determinados personajes norteamericanos, algunos de los cuales pertenecían a la aristocracia y los altos negocios, que se surtían de droga en Oriente para venderla en este país. Los chinos podían conocer ese sistema mejor que nadie por sus magníficas redes de información en tales países. Habíamos pedido a Pekín una información en tal sentido, y Huang Ching estaba dispuesto a facilitarla como muestra de buena voluntad. Pero su muerte cambiaba las cosas. Podía poner a los Estados Unidos en una delicadísima situación internacional. Tú conoces bien eso.

—Por supuesto —dijo Kerrigan.

—La próxima víctima de Paxton, que era quien había hecho matar a Huang Ching porque de lo contrario se hundía su imperio, tenía que ser Annabel Burman. Si Annabel hablaba ante el tribunal, él se hundía. Y si Annabel había visto perfectamente qué mano deslizó el explosivo en el bolsillo de Huang Ching, se hundía también. A Paxton le convenía enormemente que la situación internacional llegara a complicarse para nosotros, que China nos negase toda información y que los controles sobre el comercio de la droga en Asia se hundieran en gran parte. Para eso... ¡sólo necesitaba matar a una mujer! Por eso tu intervención fue tan meritoria, Kerrigan, porque la salvaste a ella mientras lograba, al mismo tiempo, que Paxton tuviera que poner toda la carne en el asador y se hundiese definitivamente. Por otra parte has ganado unas horas decisivas mientras nosotros intentábamos poner en claro quién había deslizado la carga explosiva en el bolsillo de Huang Ching. En contra de lo que pensábamos, fue una de las azafatas, en el momento de abotonarle bien el uniforme poco antes de tomar tierra. La propia Annabel tomó una serie de fotografías para un reportaje que pensaba escribir, y en una de esas fotos se capta la maniobra. La prueba que necesitábamos está allí. La hemos encontrado al revelar el carrete de una máquina que había quedado sobre uno de los asientos. Annabel no tuvo tiempo de llevársela, naturalmente; no había vuelto a acordarse de ella.

Y volvió a estrechar la mano de Kerrigan.

—Te felicito, muchacho —insistió—. Has logrado liquidar a Paxton, proteger a Annabel mientras nosotros trabajábamos y

restablecer un equilibrio diplomático que se nos había puesto muy difícil. La azafata que deslizó el explosivo, y que estaba a sueldo de Paxton, será entregada al Gobierno chino. Y tú, ¿qué vas a hacer, después de aceptar un ascenso?

—Pues... —dijo Kerrigan frotándose la barbilla—, me gustaría seguir «secuestrando» a Annabel Burman...

Y se volvió hacia ella con una sonrisa.

Pero la sonrisa se borró repentinamente de su rostro.

Porque Annabel le había largado un gancho que lo dejó tumbado sobre la mesa.

—¡Habrás visto! —gritó ella—. ¡Hacerme pasar todo eso sin decirme una palabra! ¡El muy bandido!

Kerrigan gimió:

—¡Cuerno! ¡Cómo pega!

Y se puso en pie.

Pero fue para recibir otro gancho.

Ahora el que le había atizado era el capitán Closkey.

Éste gritó:

—¡Me ha puesto en ridículo! ¡Me ha hundido! ¡Yo no sabía nada! ¡Cerdo, más que cerdo!

Y esta vez sí que Kerrigan quedó fuera de combate.

Pero Closkey le siguió poco después. Porque Annabel.

Burman le había largado un gancho que por poco lo levanta del suelo.

—¡Cuidado, matasiete! —gritó la muchacha—. ¡Al hombre al que quiero no le pega nadie más que yo...!

Norbert lanzó el cigarrillo y se apresuró a volver a la Casa Blanca antes de que le atizasen a él también, mientras musitaba:

—¡Pues vaya...!

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

